

Según La Promesa

Introducción: Se Necesita Un Cedazo

- 1. Las Dos Semillas Gálatas 4:22,23**
- 2. Las Dos Vidas Romanos 9:7,8,9**
- 3. Diferentes Esperanzas**
- 4. Persecución Por Causa De La Promesa**
- 5. La Marcha (Gálatas 4:30).**
- 6. ¿A Quiénes Se Aplican Las Promesas?**
- 7. La Promesa, Un Don Gratuito 2 Pedro 1:4**
- 8. La Promesa de Dios, Una Realidad**
- 9. El Especial Tesoro de los Creyentes**
- 10. La Evaluación de Las Promesas**
- 11. La Promesa del Señor, La Norma de Sus Dones 1 Reyes 5:12**
- 12. La Regla Sin Excepción 1 Reyes 8:56**
- 13. Tomando Posesión de la Promesa Génesis 28:13**
- 14. Avalando La Promesa Hechos 27:25**
- 15. La Promesa Propia Para Esta Vida 1 Timoteo 4:8**
- 16. Informándose Acerca de la Promesa 2 Samuel 7:28**
- 17. El Tiempo de La Promesa Hechos 7:17**
- 18. La Posesión de las Promesas Por Medio del Espíritu Efesios 1:13, 14**
- 19. Jesús y Las Promesas 1 a Corintios 1:20**

Según La Promesa

INTRODUCCIÓN:

Se necesita un cedazo

Es muy importante poder distinguir entre cosas que se diferencian, porque no es posible fiarse de las apariencias. Hay cosas que parecen iguales, pero que pueden ser contrarias entre sí. Un escorpión puede parecerse a un huevo, y una piedra a un pedazo de pan, pero distan mucho de ser iguales. Lo parecido puede ser muy diferente y esto se aplica, de manera especial, a las cosas espirituales, y, por lo tanto, haremos bien en estar sobre aviso.

Es difícil poder decir hasta dónde puede ir un hombre en el terreno de la religión y, a pesar de ello, morir en sus pecados. ¡Cuán fácil es que parezca un heredero del cielo y ser un hijo de la ira! Hay muchos hombres que no son convertidos, y su creencia es similar a la fe, pero no es la fe verdadera. Algunas personas dan pruebas de afectos piadosos, que tienen el calor del amor espiritual, pero están desprovistas de la vida de la gracia. Toda gracia puede ser falsificada de la misma manera que es posible falsificar una joya. Del mismo modo que una piedra preciosa de pasta se parece muchísimo a las piedras auténticas, la gracia fingida se parece de manera extraordinaria a la obra del Espíritu de Dios. En lo que se refiere a los asuntos del alma, será preciso que el hombre esté ojo avizor, o muy pronto engañará a su propio corazón. Mucho nos tememos que algunos siguen caminos equivocados, --.- no se darán nunca cuenta de su engaño hasta que no eleven la vista en aquel mundo de dolor, donde su desengaño será realmente terrible.

El niño muerto de la naturaleza puede ser muy bien lavado por su madre, pero eso no le convertiría en el hijo vivo de la gracia. La vida de Dios dentro del alma crea una infinita diferencia entre el hombre que la posee y el que no, y la cuestión es asegurarnos de que tenemos esta vida.

¿Está usted seguro de tenerla?

Será algo lamentable ir clamando «paz, paz» donde no haya paz, y profetizar para uno mismo cosas fáciles, calmando nuestro corazón y adormilando la conciencia, no logrando despertar del sueño hasta que el trueno del juicio le traiga a la realidad con un susto y le saque de su engaño para enfrentarse con un horror interminable.

Quiero serle de ayuda al lector en el examen de sí mismo. Me gustaría que fuera más allá de ese examen y alcanzase la gracia abundante, que su santo y feliz estado se convierta en un testigo en sí mismo.

La primera parte de este librito tiene el propósito de ser como un cedazo que separe la paja del trigo. Ojalá que mi amigo lo use para sí mismo, y llegará a ser el trabajo más importante que haya realizado en un día. Aquel que examinó su cuenta y se encontró con que su negocio estaba perdiendo, se salvó de la bancarrota, y eso puede también sucederle al que lea este libro. Si se encuentra, por otro lado, que sus asuntos celestiales prosperan, le será un gran consuelo. Ningún hombre tiene nada que perder por escudriñar lo que hay, en su propio corazón.

AMIGO ¡PRUÉBALO EN SEGUIDA!

Las Dos Semillas

«Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos; uno de la esclava, el otro de la libre. Pero el de la esclava nació según la carne; mas el de la libre, por la promesa» (Gálatas 4:22, 23).

Abraham tuvo dos hijos. Ismael e Isaac fueron, por encima de toda duda, verdaderos hijos de Abraham. Pero uno de ellos heredó la bendición de] pacto, y el otro fue sencillamente un próspero hombre M mundo. ¡Fíjese el lector lo cerca que estuvieron estos dos! Los dos nacieron dentro de la misma sociedad, llamaron «padre» al gran patriarca, y habitaron en el mismo campamento que él. Pero, a pesar de ello, Ismael fue un extraño al pacto, mientras que Isaac fue el heredero de la promesa. ¡Cuán poco hay en la sangre y el nacimiento!

Un incidente aún más sorprendente que éste sucedió poco tiempo después, porque Esaú y Jacob nacieron de la misma madre en un mismo nacimiento, pero está escrito: «A Jacob amé y a Esaú odié.» El uno fue un hombre lleno de gracia, pero el otro fue un profano. ¡Así de cerca pueden estar dos personas, pero a pesar de ello estar distantes y separados! Es cierto, pues no solamente estarán dos en una misma cama, y el uno será tomado y, el otro se quedará, sino que dos entrarán en el mundo en el mismo nacimiento y uno de ellos tendrá su herencia en Dios, y, el otro venderá su primogenitura por algo de comer. Puede que asistamos a la misma iglesia, que seamos bautizados en la misma agua, estar sentados juntos a la mesa del Señor, cantando el mismo salmo y ofreciendo la misma oración, pero es posible que pertenezcamos a dos razas tan opuestas como son la semilla de la mujer y la semilla de la serpiente.

Pablo habla acerca de los dos hijos de Abraham como de dos razas de hombres, que se parecieron mucho, pero que fueron muy diferentes. Son muy diferentes en su origen. Los dos fueron hijos de Abraham, pero Ismael, el hijo de Agar, fue el vástago de Abraham bajo condiciones ordinarias, naciendo de la carne, pero Isaac, el hijo de Sara, no nació por la fuerza de la naturaleza, ya que su padre tenía más de cien años y a su madre le había ya pasado la edad. Fue dado a sus padres por el Señor y nació según la promesa, por medio de la fe. Ésta es una importante distinción, y destaca al auténtico hijo de Dios de aquel que lo es solamente por profesión. La promesa se encuentra al fondo de la distinción, y el poder que hace realidad la promesa crea y mantiene la diferencia. Por tanto, esa misma prueba, que es nuestra herencia, es al mismo tiempo nuestra prueba y piedra de toque.

Hagamos uso de la prueba de inmediato viendo si hemos sido forjados por el poder que hace real la promesa. ¿Cómo se convirtió usted? ¿Fue por sí solo, por la persuasión de los hombres, por la excitación carnal o fue por la operación del Espíritu de Dios? Usted afirma haber nacido de nuevo. ¿De dónde vino ese nuevo nacimiento? ¿Vino de Dios como consecuencia de su eterno propósito y, de la promesa, o vino de usted mismo? ¿Fue acaso su vieja naturaleza intentando mejorar y esforzándose por alcanzar una forma superior? Si es así, es usted Ismael. ¿O fue que, estando espiritualmente muerto, sin fuerza alguna para elevarse por encima de su estado de perdición, fue usted visitado por el Espíritu de Dios, que hizo uso de su energía divina haciendo posible que entrara en usted la vida celestial? Entonces es usted Isaac. Todo dependerá del comienzo de su vida espiritual y la fuente de donde proceda esa vida. Si empezó usted en la carne, ha continuado en la carne y la carne en usted morirá.

¿No ha leído usted nunca: «Lo que es nacido de la carne, carne es»? Antes de que pase mucho tiempo la carne perecerá y de ello recogerá usted su corrupción. Solamente lo que es «nacido del Espíritu es espíritu». Lo maravilloso es que el espíritu vivirá y de él podrá usted

recoger una vida abundante y eterna. Tanto si es usted un catedrático de religión como si no, le suplico que se pregunte a sí mismo: ¿He sentido yo el poder del Espíritu de Dios?

¿Es la vida que brota de su interior el resultado de la fermentación de sus propios deseos naturales? ¿O es un nuevo elemento, infundido, impartido e implantado desde lo alto? ¿Es su vida espiritual una creación celestial? ¿Ha sido usted recreado en Jesucristo? ¿Ha nacido usted de nuevo por el poder divino?

La religión corriente es la naturaleza dorada por una fina capa de lo que se cree que es la gracia. Los pecadores se han dado brillo, y se han cepillado de encima lo peor del óxido y de la porquería, y creen que su antigua naturaleza ha quedado tan bien como nueva. Este repaso y arreglo del antiguo hombre está muy bien, pero dista mucho de lo que se necesita. Puede usted lavar todo lo que quiera el rostro y las manos de Ismael, pero no puede usted convertirlo en Isaac. Se puede mejorar la naturaleza, y cuanto más lo hagamos, tanto mejor para ciertos propósitos temporales, pero no es posible elevarlo al nivel de la gracia. Hay una distinción en cuanto al origen entre el arroyo que se eleva de entre el lodazal de la humanidad caída y el río que procede del trono de Dios.

No hemos de olvidar que fue el mismo Señor: que dijo: «Debes nacer de nuevo.» Si usted no ha nacido de nuevo, de lo alto, por mucho que vaya a la iglesia o a la capilla, no le servirá para nada. Sus oraciones y sus lágrimas, todas sus lecturas de la Biblia y todo lo demás, que solamente viene de usted, sólo pueden guiarle de nuevo a usted mismo. El agua se elevará de modo natural hasta la altura de su fuente original, pero no más, y lo que comienza con la naturaleza humana se elevará a dicha naturaleza humana, pero no podrá alcanzar la naturaleza divina. ¿Fue su nuevo nacimiento algo natural o sobrenatural? ¿Fue el resultado de la voluntad del hombre o de Dios? Mucho dependerá de la respuesta que dé usted a esta pregunta.

Entre el hijo de Dios y el mero catedrático hay una distinción en cuanto al origen de la clase más importante. Isaac nació conforme a la promesa. Ismael no fue de la promesa, pero, como es natural, fue de la naturaleza. Donde basta la fuerza de la naturaleza no hay promesa, pero cuando la energía humana fracasa entonces es cuando entra en juego la palabra del Señor. Dios había dicho que Abraham tendría un hijo de Sara, y Abraham lo creyó y se gozó por ello, y su hijo Isaac nació como resultado de la promesa divina, por el poder de Dios. De no haber habido una promesa, tampoco habría nacido Isaac, y no puede haber ningún creyente auténtico aparte de la promesa de la gracia y la gracia de la promesa.

Amable lector, permítame preguntarle acerca de su salvación. ¿Ha sido usted salvo por lo que ha hecho? ¿Es su religión el producto de su propia fuerza natural? ¿Se siente usted a la altura de todo lo que requiere esa salvación? ¿Se considera usted en una situación feliz y segura por su excelencia natural y su capacidad moral?

Entonces sigue usted el mismo camino que Ismael y no obtendrá usted la herencia, porque la herencia celestial no es una herencia conforme a la carne, sino a la promesa.

Si usted dice, por otro lado: «Mi esperanza está depositada solamente en la promesa de Dios. Él ha hecho esa promesa por medio de la persona de su Hijo Jesús para todos los pecadores que quieran creer en Él, y yo creo; por lo tanto confío y creo en que el Señor cumplirá su promesa y me bendecirá. Yo busco las bendiciones celestiales, no como resultado de mis propios esfuerzos, sino como el don gratuito de Dios a los hombres culpables, por medio del cual dio a su Hijo Jesucristo para que venciese al pecado y para que trajese su justicia eterna a favor de los que no la merecen», entonces es una manera diferente de hablar de la que usaron los ismaelitas, que dicen: «A Abraham tenemos por padre.» Usted ha aprendido a hablar como lo hizo Isaac, y aunque la diferencia podrá parecer pequeña a los descuidados, es realmente importante. Agar, la

madre esclava, fue una persona muy diferente a Sara, la princesa. La primera no recibió la promesa del pacto, pero a la segunda pertenece la promesa para siempre jamás. La salvación por las obras es una cosa, y la salvación por gracia es otra. La salvación que depende de la fortaleza humana es muy diferente a la que depende del poder divino, y la salvación que es el resultado de una resolución nuestra es totalmente contraria a la salvación que se basa en la promesa de Dios.

Sométase a sí mismo a este interrogatorio y averigüe a qué familia pertenece. ¿Es usted descendiente de Ismael o de Isaac?

Si se encuentra usted con que es como Isaac, nacido según la promesa, recuerde que su nombre es «risa», porque ésa es la traducción del nombre hebreo Isaac. Por tanto, gócese con un gozo innegable y lleno de gloria. Su nuevo nacimiento es algo maravilloso. Si tanto Abraham como Sara rieron al pensar en Isaac, ciertamente puede usted hacerlo al pensar en sí mismo. Hay momentos en los que, si me quedo solo y me pongo a pensar en la gracia de Dios para conmigo, que soy la más indigna de todas las criaturas, me entran ganas de llorar y reír al mismo tiempo, de puro gozo por haberme mirado el Señor con amor y favor. Sí, y todo hijo de Dios debe de haber sentido la obra de Isaac en su propia alma, llenando su boca de risa, porque el Señor ha hecho grandes cosas con él.

Fíjese muy bien en la diferencia que existe entre las dos semillas desde el comienzo mismo.

Ismael desciende del hombre y por el hombre. Isaac viene por medio de la promesa de Dios. Ismael fue el hijo carnal de Abraham, y aunque Isaac también fue su hijo, pero intervino el poder de Dios, y de la debilidad de sus padres se ve con claridad que él es Señor, pues concedió un don según la promesa. La verdadera fe es, sin lugar a dudas, el acto de un hombre que se ha arrepentido, pero tanto la fe como el arrepentimiento pueden describirse, con toda certeza, como la obra de Dios, de la misma manera que Isaac es el hijo de Abraham y de Sara, pero es, sobre todo, el don de Dios. El Señor nuestro Dios, que nos pide que creamos, también nos da la capacidad para hacerlo. Todo lo que hacemos de manera aceptable es obra del Señor; sí, la misma voluntad para conseguirlo es obra suya. No hay religión que valga nada si no es esencialmente lo que fluye del corazón del hombre, pero debe, al mismo tiempo, de ser, sin duda alguna, la obra del Espíritu Santo que mora en Él.

¡Oh amigo, si lo que hay en usted es algo natural, y sólo natural, no le salvará! La obra interna debe de ser sobrenatural y debe proceder de Dios o se perderá la bendición del pacto. Usted podrá vivir bajo la gracia, de la misma manera que Isaac fue verdaderamente hijo de Abraham, pero será aún más de Dios, porque la «salvación es del Señor». Hemos de nacer de nuevo, pero de lo alto. Y siempre que se trate de nuestros sentimientos y acciones relacionadas con la religión, hemos de poder decir: « Señor, tú eres el que realizas todas las cosas en nosotros.»

2.

Las dos vidas

«Ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos; sino: En Isaac te será llamada descendencia. Esto es: no los que son hijos según la carne son los hijos de Dios, sino que los

que son hijos según la promesa son contados como descendientes. Porque la palabra de la promesa es ésta: por este tiempo vendré, y Sara tendrá un hijo» (Romanos 9:7, 8, 9).

Ismael e Isaac procedieron de un origen diferente y, por tanto, hubo una diferencia en su naturaleza que fue evidente en sus vidas y se vio en especial en relación con la promesa.

Según sea el nacimiento, así habrá de ser la vida que resulte del mismo. En el caso del hombre que se hizo a sí mismo lo que es, solamente habrá lo que le depara la naturaleza, pero en el caso del hombre que es recreado por el Espíritu de Dios, habrá ciertas señales que se manifestarán en su vida. «De él somos en Cristo Jesús, que de Dios nos hizo para sabiduría y justicia y santificación y redención; como está escrito, el que se gloria, que se gloríe en el Señor.» En el hombre nacido de nuevo habrá lo que traiga consigo esa nueva vida, pero en el hombre natural no habrá nada de todo eso.

Ismael exhibió algunas de las características de Abraham, juntamente con las de su madre, que era esclava. Era un hombre magnífico, como su padre, y había heredado de él su porte patriarcal, pero Isaac poseía la fe de su padre y seguía la línea de sucesión en lo que se refiere a la vida espiritual. En lo que a la promesa concierne, Isaac permanece con su padre Abraham, mientras que Ismael estuvo formando sus propios campamentos allí en el desierto. Isaac buscó la alianza con la antigua estirpe en Mesopotamia, pero la madre de Ismael le buscó una esposa en Egipto, que era lo natural, ya que ella misma procedía de Egipto. De tal palo tal astilla. Isaac meditaba en los campos al atardecer, porque su conversación era con las cosas sagradas, pero Ismael disputaba con todos, porque le preocupaba lo que era terrenal. La meditación no es para el hombre salvaje, cuya mano se alza contra todos, y la de los demás contra él. Isaac se entregó a sí mismo como sacrificio a Dios, pero nada por el estilo se desprende de la vida de Ismael, ya que el sacrificarse a sí mismo era algo que no iba con él, sino que fue más bien un asesino, en lugar de ser una oveja que se presenta a sí misma delante de Dios. De modo que si usted se encuentra con que ha recibido una instrucción religiosa y se ha convertido en hombre «piadoso», como dicen por ahí, pero su corazón no se ha renovado, ni ha sido visitado por el Espíritu Santo, no vivirá usted la vida secreta de un hijo de Dios. Es posible que despliegue usted algunas de las características del cristiano; podrá usted cantar y orar, citar las Escrituras, y hasta es posible que pueda relatar alguna experiencia imaginaria de conversión, pero es necesario haber nacido de nuevo para poder saber por experiencia propia la verdad de la comunión de los santos, que es una comunión secreta con el Dios vivo, y la entrega de sí mismo a él como servicio razonable. El que es hijo de la promesa se mantiene unido al pueblo de Dios y considera un privilegio la comunión con Dios. El hijo de la promesa siente que la mejor compañía que tiene es la que nadie ve, es decir, cuando el gran Invisible se acerca a él y tiene comunión con él. El hijo de la promesa, y solamente él, es capaz de elevarse a la altura del monte Moria, para quedar atado sobre el altar y entregarse de ese modo a Dios. Con esto último quiero decir que solamente el que es nacido del Espíritu se entregará por completo a Dios y amará al Señor más que a la propia vida. La naturaleza y su conducta dependerán de su origen, y, por eso, le suplico que empiece usted bien, y que al afirmar ser hijo del reino demuestre ser un verdadero heredero.

Ismael, que nació conforme a la carne, siendo hijo de la esclava, habría de llevar siempre sobre su persona aquella marca. El hijo de la esclava no puede ser lo que era Isaac, el hombre de la mujer libre. Pero fíjense bien que yo no he dicho que Ismael quisiera ser como Isaac, no he dicho que se considerase a sí mismo un perdedor por ser diferente a Isaac, pero lo cierto es que lo fue. El hombre que se esfuerza por salvarse a sí mismo mediante su propio esfuerzo, por medio

de sus sentimientos, negándose a sí mismo, puede ser un orgulloso ignorante, no consciente de su estado servil. Hasta es posible que presuma de ser libre y de no haber sido nunca esclavo de nadie, pero a pesar de ello lleva una vida de esclavo. No tiene ni idea de lo que significa la libertad, no sabe lo que es sentirse satisfecho, ni sabe lo que es deleitarse en Dios. Se queda como quien no comprende cuando oye a todos los demás hablar acerca de la «absoluta seguridad de la fe». Los considera unos presuntuosos, y apenas si tiene tiempo de respirar él mismo, por causa de lo que le esclaviza. Ha hecho tanto, pero aún le queda mucho más por hacer. Ha sufrido muchísimo, pero le queda mucho más por sufrir. No ha llegado nunca a « el descanso para el pueblo de Dios» porque ha nacido de la mujer libre, y comprende que la salvación se obtiene siempre por la gracia de Dios, y que siempre que Dios otorga su gracia no la quita, porque «los dones de Dios son sin arrepentimiento», ese hombre, al aceptar la obra acabada de Cristo, y sabiendo que su aceptación del Amado reposa en el Señor, se goza con sumo gozo. Su vida y su espíritu se llenan de gozo y de paz, porque ha nacido libre y lo sigue siendo, es libre de verdad.

¿Comprende el lector lo que significa la libertad del Hijo de Dios? ¿O sigue aún bajo la servidumbre de la ley, temiendo el castigo, asustado ante la idea de ser enviado al desierto? Si le sucede a usted esto último, no ha recibido usted la promesa, o, de lo contrario, sabría que no puede suceder nada semejante. La promesa fue hecha a Isaac, que era el hijo de la promesa, y a él perteneció la herencia, y permanece para siempre, sin temor de que nadie le eche.

Aquellos que han nacido del mismo modo que lo fue Ismael, según la carne, y cuya religión depende de su propia fuerza y poder, se preocupan de las cosas terrenales, como lo hizo Ismael. Solamente aquellos que han nacido de lo alto, por medio de la promesa, conforme a la fe, se preocuparán, como lo hizo Isaac, de las cosas espirituales. El acude siempre al lugar de adoración, pero cuando está allí se pone a pensar en sus negocios, en su casa o en su granja. ¿Acaso disfruta la comunión con Dios? ¡De ningún modo! ¡Oye un sermón. ¿recibe con mansedumbre la palabra que le puede salvar? ¡Claro que no! Lo critica como si se tratase de un arengo político. Da su dinero a la causa de Dios, como hacen los demás. Claro que lo hace porque no le queda más remedio que acallar a su conciencia y mantener su buena reputación, pero ¿se interesa realmente en la gloria de Dios? ¡De ningún modo! Si así fuese daría algo más que dinero. Las oraciones de su corazón se elevarían a favor del progreso del reino. ¿Acaso se conmueve y clama por causa de los pecados que le rodean? ¿Se le encuentra a solas con Dios derramando ante Él su corazón angustiado porque incluso en su propia familia hay personas que no se han convertido a Dios? ¿Se ha visto a esa persona con un santo gozo cuando las personas han sido convertidas, o emocionado ante el pensamiento de que el reino de Dios se encuentra cercano? Oh no, él nunca se interesa por cosas semejantes. Todo lo que hace para Dios es algo externo, no se ha adentrado nunca en lo profundo de lo espiritual ni le es posible hacerlo. La mente carnal, incluso cuando es religiosa, manifiesta enemistad para con Dios, y no se ha reconciliado con Él ni le es posible hacerlo. Es necesario que en el hombre se cree una nueva criatura en Cristo Jesús, antes de que alcance a apreciar, a comprender y a gozar las cosas que son espirituales.

Para volver al punto de partida: «Es necesario que usted nazca de nuevo.» Es preciso nacer del Espíritu, recibiendo una vida sobrenatural siendo levantado de entre los que están muertos en delitos y pecados. No podremos llevar los frutos del Espíritu hasta que no poseamos esa vida interior que es conforme al Espíritu. Ismael seguirá siendo siempre Ismael, y lo mismo sucede con Isaac. El hombre será tal y como muestre su conducta. El hombre que se guía por su visión, por su lógica, por su propio poder humano, hará lo mejor que pueda, como lo hizo Ismael, pero solamente el hijo de la promesa se elevará a la vida y caminará con fe, como lo hizo Isaac.

«Eso es tremendamente difícil» decimos. A veces es una bendición tener que afrontar unas condiciones difíciles y tener que cumplirás. Pero si lo hacemos estaremos en el camino debido, el que nos llevará a la eternidad. Alguien le dijo el otro día a un amigo mío: « Una vez fui a escuchar al señor Spurgeon, y cuando me encontraba en la iglesia, si alguien me hubiese preguntado acerca de mí mismo yo hubiese considerado que era un hombre de lo más religioso que ha vivido jamás en Newington, y, sin duda, que era un buen hombre, pero todo eso cambió al escuchar el Evangelio aquel día. Salí con el rabo entre las piernas, sintiéndome como el más vil de los pecadores sobre la faz de la tierra, y me dije a mí mismo que nunca más volvería a escuchar a Spurgeon, porque me dejó hecho un trapo.»

«Sin embargo -añadió- es lo mejor que podía sucederme, porque me obligó a dejar de mirarme a mí mismo y todo lo que yo era capaz de hacer y a poner la mira en Dios y su gracia omnipotente, y a comprender que me era necesario pasar de nuevo bajo la mano del Creador, o nunca podría ver su rostro con gozo».

Espero que el lector conozca hoy esta verdad acerca de sí mismo, porque es una verdad solemne. De la misma manera que Dios hizo primeramente a Adán, es necesario que nos vuelva a hacer de nuevo, o, de lo contrario, no podremos nunca tener su imagen, ni contemplar su gloria. Debemos de encontrarnos bajo la influencia de la promesa y vivir conforme a ella, o nuestras vidas no serán nunca guiadas por los principios debidos, ni llegaremos a buen fin.

3. Diferentes Esperanzas

«Y en cuanto a Ismael, también te he oído; he aquí que le bendeciré, y le haré disfrutar y multiplicar mucho en gran manera; doce príncipes engendrará, y haré de él una gran nación. Mas yo estableceré mi pacto con Isaac, el que Sara te dará a luz por este tiempo el año que viene.»

No es algo maravilloso el que dos personas que eran tan diferentes como fueron, en su nacimiento y su naturaleza, Ismael e Isaac fuesen totalmente diferentes en sus esperanzas. Para Isaac la promesa se convirtió en el centro de su vida, pero Ismael no se dejó influir por ella, ya que aspiraba a cosas superiores, porque era el hijo natural de uno de los hombres más importantes, pero Isaac buscaba cosas que eran incluso más elevadas, porque era el hijo de la promesa, y el heredero del pacto de la gracia que el Señor había establecido con Abraham.

Ismael, con su atrevido y arrojado espíritu, pretendió fundar una nación que no fuese jamás sometida, una raza indomable como el asno del desierto, y su deseo ha sido ampliamente concedido, pues los beduinos árabes de nuestros días son copias fidedignas de su gran antepasado. Ismael consiguió, en la vida y en la muerte, ver realizadas las estrechas esperanzas terrenales que había buscado, pero su nombre no ha quedado escrito en los pergaminos de aquellos que vieron el día del Señor, y que murieron con la esperanza de la gloria. Isaac, por otro lado, vio el futuro lejano, hasta el día de Cristo, y buscó una ciudad que tenía fundamentos, cuyo Hacedor y Arquitecto es Dios.

Ismael, al igual que le sucedía a Pasión en el «Peregrino», tenía sus mejores cosas aquí en la tierra, pero Isaac, al igual que Esperanza, confiaba que las mejores cosas vendrían en el futuro. Sus tesoros no estaban ni en la tienda ni en los campos, sino en las «cosas aún no vistas». Él había recibido la gran promesa del pacto, y en ella supo encontrar mayores riquezas que en los rebaños de Nabaiot. Había brillado para él la estrella de la promesa, y esperaba un atardecer colmado de bendiciones cuando llegase la plenitud del tiempo que había sido determinado. La promesa actuaba de tal modo en él que dirigía el curso de sus pensamientos y de sus anhelos. ¿Le sucede a usted lo mismo, lector? ¿Ha recibido y abrazado usted la promesa de la vida eterna? ¿Está usted, por tanto, esperando aquellas cosas que aún no se ven? ¿Tiene usted la capacidad como para ver lo que nadie puede ver, más que los que han creído en la fidelidad de Dios? ¿Ha abandonado usted la rutina de las actuales percepciones sensoriales para seguir el camino de la fe en lo que se refiere a lo que no se ve y a lo eterno?

No hay duda de que la esperanza de ver cumplida la promesa y el gozo que derivaba de esa esperanza influyó la mente y el pensamiento de Isaac, de modo que fue un hombre de temperamento y espíritu calmado, y no se debatió en la inquietud y en las luchas. Entregó el presente y esperó el futuro. Isaac sentía que por haber nacido conforme a la promesa, Dios habría de bendecirle, y que habría de cumplir la promesa que había hecho respecto a su persona; por ello permaneció con Abraham y se mantuvo alejado del mundo exterior. Él supo esperar con confianza, y tener la paciencia para saber que tendría la bendición de Dios. Tenía puesta la mira en el futuro, en aquella nación que aún no existía, en la tierra prometida, y la promesa, aún más gloriosa, del Mesías, en el cual todas las naciones de la tierra serían benditas. Para todo ello puso su confianza en Dios solamente, juzgando sabiamente y sabiendo que el que había hecho la promesa se aseguraría él mismo de que se cumpliera. Pero no dejó de ser atractivo por causa de esta fe, aunque tampoco dio muestras de una confianza en sí mismo que era algo muy aparente en el caso de Ismael. Era enérgico a su modo, con una confianza tranquila en Dios y una paciente sumisión a su voluntad suprema. Año tras año siguió adelante, con una vida apartada, y se enfrentó desarmado con los peligros que le amenazaban por causa de otros pueblos circundantes que eran paganos. Peligros con los cuales se enfrentó Ismael con su espada y con su arco. Su confianza estaba depositada en Aquel que había dicho: « No tocarás a mi ungido y a mis profetas no dañarás.» Era un hombre de paz y vivía tan seguro como su hermano, que era un guerrero. Su fe en la promesa le daba la esperanza de la seguridad, incluso la seguridad misma, a pesar de que el cananeo estaba todavía en la tierra.

Así es cómo obra la promesa en nuestra vida presente, elevando nuestros espíritus, con una vida por encima de todo lo que nos rodea, permitiéndonos disfrutar de la paz mental, con un pensamiento celestial. Isaac encuentra su arco y su espada en su Dios, Jehová es su escudo y su enorme recompensa. Sin tener ni unos metros de terreno de su propiedad, viviendo como un transeúnte y extraño en la tierra que Dios le había dado mediante la promesa, Isaac se sintió satisfecho de poder vivir descansando en dicha promesa y considerarse a sí mismo rico en las bendiciones venideras. Su espíritu, sorprendentemente tranquilo y ecuánime, a pesar de llevar una vida terrenal peregrina, como la de sus antepasados, tenía su origen en su fe sencilla en la promesa del Dios que nunca cambia. La esperanza, alimentada por la promesa divina, afecta toda la vida del hombre en sus pensamientos más íntimos, en su forma de ser, en sus sentimientos, puede parecer de menos importancia que el debido comportamiento moral, pero la verdad es de suma importancia no solamente por sí misma, sino por la influencia que ejerce sobre la mente, sobre el corazón y toda la vida. La esperanza secreta del hombre es una prueba más auténtica de su condición delante de Dios que todos los hechos de un solo día o, incluso, las devociones

públicas de todo un año. Isaac sigue su vida santa y tranquila hasta que se hace viejo y se queda ciego y cae dormido con paz, confiando en su Dios, que se le había revelado, y le había llamado para que fuese su amigo, diciéndole: «Habita en esta tierra y yo estaré contigo y te bendeciré, y todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente.»

El hombre viene a ser exactamente lo que son sus esperanzas. Si su esperanza descansa en la promesa de Dios, estará, o debiera de estar, bien su vida.

Lector, ¿cuáles son SUS esperanzas? «Yo», dice uno, «estoy esperando a que se muera un familiar mío, y entonces seré rico. Tengo grandes esperanzas». Otro deposita su confianza en su creciente negocio, y un tercero tiene grandes esperanzas depositadas en una especulación prometedora. Las esperanzas que pueden cumplirse en un mundo pasajero son puras burlas. Aquellas esperanzas que no llegan más allá de la tumba son pobres ventanas para el alma que mira a través de ellas. Bendito el que cree en la promesa, y tiene la seguridad de que se cumplirá en el momento oportuno, dejando todo lo demás en las manos de la infinita sabiduría y amor. Semejante esperanza resistirá todas las pruebas, conquistará las tentaciones y gozará del cielo estando aquí en la tierra.

Nuestra esperanza tuvo su origen en la muerte de Jesús en la cruz, cuando resucitó fue confirmada, y cuando ascendió esa esperanza comenzó a convertirse en una realidad, y cuando Él venga de nuevo, lo será de una manera aún más clara. Mientras estemos en este mundo lo haremos como peregrinos, y nuestra mesa estará en presencia de los enemigos, pero en el mundo venidero poseeremos la tierra que fluye leche y miel, una tierra de paz y de gozo, donde no se pondrá ya más el sol, ni la luna se ocultará ya más. Hasta entonces vivimos asidos a la esperanza, y nuestra esperanza ha sido depositada en la promesa.

4.

Persecución Por Causa De La Promesa

«Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa. Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora» (Gálatas 4:28, 29).

Cuando los hermanos son tan tremendamente diferentes como lo fueron Ismael e Isaac, no es de sorprender que se enemisten y se complazcan albergando sentimientos poco caritativos. Ismael era mayor que Isaac y cuando llegó el momento de detestar a Isaac Sara vio al hijo de la esclava burlándose de su hijo, pues ya a esa temprana edad comenzó a manifestarse la diferencia de nacimiento y su condición. Esto muy bien puede servir para indicarnos lo que podemos esperar si poseemos una vida dada por Dios, como herederos de la promesa. Aquellos que viven esclavos de la ley no puede amar a los que son libres gracias a la libertad del evangelio y no tardan en manifestar, de una manera u otra, su enemistad.

No estamos pensando en estos momentos en la hostilidad entre el mundo malvado y la Iglesia, sino en lo que existe entre hombres que siguen una religión meramente natural y aquellos que han nacido de Dios. No hablamos acerca de los filisteos oponiéndose a Isaac, sino de su hermano Ismael que se burló de él. La más encarnizada es la oposición de los que son

exteriormente religiosos en contra de los que han nacido de lo alto y que adoran a Dios en espíritu y en verdad. Muchos de los preciosos hijos de Dios han sufrido amargamente el odio cruel de aquellos que afirmaban ser sus hermanos.

Es posible que el motivo que impulsase a Ismael fue la envidia, pues seguramente no podría soportar que el pequeño tuviese la preeminencia sobre él. Parecía decir: «Éste es el heredero y, por tanto, le odio.» Es muy posible que se burlase de Isaac por ser el heredero y que presumiese de tener el mismo derecho a la propiedad que tenía el hijo de la promesa. De este mismo modo los catedráticos envidian a los creyentes sencillos y se consideran a sí mismos tan dignos como los mejores, que esperan ser salvos por la gracia de Dios. Ellos mismos no desean la gracia de Dios, y, a pesar de ello, como el perro del hortelano, no pueden soportar que otros la posean. Envidian la esperanza que poseen los santos, su paz mental y el que disfruten del favor de Dios. Si alguno de ustedes se encuentra con personas así no se sorprenda.

La envidia que sintió Ismael se manifestó de manera más clara durante la gran fiesta que dieron para celebrar el destete de su hermano, y de la misma manera los formalistas, como el hermano mayor en la parábola, se sienten más provocados cuando mayor es el gozo en relación con el hijo amado por el Padre. La música y la danza son una mortificación y algo doloroso para el orgullo de estos hombres sabios. Cuando la absoluta seguridad se aparta de la duda y el gozo santo se aparta del mundo, los que tienen una religión puramente carnal se ríen burlescamente y llaman locos a los que siguen a Dios, o les llaman fanáticos o dicen con sarcasmo: « ¡Pobres locos! dejadles solos, son una panda de engañados.» Las personas que son religiosas, pero que no han sido regeneradas, que se esfuerzan y esperan conseguir la salvación por sus propios méritos, normalmente muestran un odio acerbo hacia aquellos que han nacido conforme a la promesa.

A veces se burlan de su debilidad. Quizás Ismael llamase a Isaac bebé, al que acababan de destetar. Los creyentes son también débiles y pueden muy fácilmente suscitar las burlas de aquellos que se consideran decididos. Isaac no podía negar que era débil, como tampoco pueden los creyentes negar sus faltas, y están sometidos a debilidades que pueden atraer sobre ellos justas críticas, pero el mundo se aprovecha en demasía de esta situación y se burla de los santos por debilidades que en otros pasarían por alto. No debemos de pensar que es extraño que nuestra insignificancia y nuestra imperfección atraigan las burlas de los orgullosos y santurriones fariseos que se mofan también de nuestro Evangelio.

Con frecuencia las burlas surgen por causa de las pretensiones del creyente. A Isaac le llamaban «el heredero» y eso era algo que Ismael no podía soportar. «Fijaos» dice el legalista, «no hace mucho que ese hombre era un conocido pecador, pero ahora dice que ha creído en Jesucristo y, por lo tanto, dice que sabe que es salvo y que ha sido aceptado y que está seguro del cielo. ¿Habéis oído jamás semejante presunción?» El que está atado a sus cadenas odia la presencia de un hombre libre. El que rechaza la misericordia de Dios porque confía orgullosamente en sus propios méritos, se pone furioso con el hombre que se goza en ser salvo por la gracia.

Es muy posible que el pequeño Isaac, que había nacido de un matrimonio de edad muy avanzada, le pareciese extraño y raro al muchacho que era medio egipcio. Ninguna persona resulta tan extraña para los demás como el hombre que ha nacido de lo alto. El vivir por fe en la promesa de Dios debería de parecer la cosa más natural del mundo, pero no se considera de ese modo. Por el contrario, el resto de los hombres miran como personas extrañas a los que creen en Dios y actúan conforme a su creencia. Los miserables muchachos de la calle todavía gritan a los extranjeros, y los hombres del mundo todavía se toman a guasa a los verdaderos creyentes, por causa de su conducta, que no es como la del mundo, y de su manera de entender la vida. Para

nosotros esto es un buen testimonio porque el Señor dijo: «Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece.»

El creyente se ve obligado a soportar mil burlas, algunas de ellas de lo más ridículo, y «soportar crueles mofas» y debiera de estar preparado para afrontarlas. Después de todo, hoy en día es cosa de poca importancia verse perseguidos, porque los fuegos inquisitoriales se han apagado, la torre de Constanza no contiene ya prisioneros y no queda ni un tornillo en uso.¹ ¡Valor, buen hermano! Aunque se burlen de usted no le romperán ningún hueso y si es usted lo suficientemente valiente como para despreciar los desdenes podrá dormir sin que nadie interrumpa su descanso.

El hecho de que Ismael se burlase de Isaac es solamente una entre diez mil pruebas de la enemistad que existe entre la semilla de la mujer y la de la serpiente. El que estos dos estuviesen juntos bajo el mismo techo de Abraham se produjo por el hecho de que fuese a Egipto y actuase como si no fuese creyente delante del faraón. Entonces le fue dada a Sara la esclava y el elemento del mal se introdujo en el campamento. Sara, en un mal momento, dio la esclava a su esposo, y a partir de ahí surgieron todos los problemas. Ninguna asociación de los no regenerados con la Iglesia de Dios cambiará en nada la naturaleza de los primeros, y en el caso de Ismael habría de continuar siendo Ismael. En la actualidad los más encarnizados enemigos de la verdad de Dios son los extraños a nuestra comunión. Éstos son los que hacen que los creyentes en la enseñanza evangélica más sólida parezcan extraños en las iglesias que se fundaron teniendo como base las doctrinas de la Escritura. Nos convierten en extranjeros dentro de nuestro propio país. Son indulgentes con toda clase de herejías, pero luego se burlan de los que creen en la doctrina de la gracia como anticuados y fanáticos, como si fuesen mortales retrasados que debieran de buscarse con todo cuidado una tumba y enterrarse a sí mismos. Pero con todo y con eso, el hombre que confía en su Dios y cree en su pacto, podrá sobrevivir a todas las burlas, porque considera el oprobio de Cristo como una riqueza superior a todos los tesoros de Egipto. No es, de ningún modo, vergonzoso confiar en Dios; por el contrario, es algo honroso para los hombres nobles confiar en Él, que es fiel y verdadero, y si por ello tienen que sufrir, lo hará con gozo. Apréstese, pues, con un valor santo, usted que está aprendiendo, por medio de la gracia, a vivir descansando, por fe, en la promesa de Dios. ¿Acaso el que es la Cabeza de la raza humana no fue despreciado y rechazado por los hombres? ¿Acaso no debe el resto de la hermandad ser semejante al primogénito? Si somos copartícipes de los sufrimientos de Cristo, seremos también partícipes de su gloria, por lo tanto participemos en la suerte del Crucificado, que es el heredero de todas las cosas.

¹ Referencia a la famosa torre donde eran encerrados los protestantes franceses, y una prisionera llamada María Durand, que tuvo que pasar en ella 30 años, se dedicó a grabar en una piedra, por medio de un tornillo de acero que llegó a sus manos, la palabra « RESISTEZ » para animar a la persistencia en la fe evangélica a las futuras prisioneras que fuesen encerradas en ella. Palabra que aún puede ser leída por los visitantes.

5. La Marcha

«Mas ¿qué dice la Escritura? Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre» (Gálatas 4:30).

Isaac e Ismael vivieron juntos durante un tiempo. El que se crea su propia religión y el que cree en la promesa pueden ser miembros de la misma Iglesia durante años, pero no estarán de acuerdo, y no podrán ser felices juntos, porque sus principios son esencialmente contradictorios. Según vaya creciendo el creyente en la gracia y llegue a la madurez espiritual, resultará más y más desagradable al legalista, y a la postre se verá que no existe comunión entre ellos. Por lo cual será necesario que se separen, y ésta es la palabra que habrá de cumplirse para los ismaelitas: «echa a esta sierva y a su hijo, porque el hijo de esta sierva no ha de heredar con Isaac mi hijo». Por dolorosa que resulte la marcha, será conforme a la voluntad divina y de acuerdo con las necesidades del caso. El aceite y el agua no se pueden mezclar, ni tampoco puede hacerlo la religión del hombre natural con lo que es nacido de la promesa y apoyado por ella. La separación de ambas será el resultado exterior de una grave diferencia que siempre había existido.

Ismael fue enviado lejos, pero pronto dejó de lamentarse por ello, porque encontró una mayor libertad con las tribus salvajes de su país, entre las cuales no tardó en convertirse en un gran hombre. Prosperó mucho y se convirtió en padre de príncipes. Se encontraba en su propia salsa en el amplio mundo, donde disfrutó de honra y se hizo un nombre para sí mismo entre los grandes de su tiempo. Sucede con frecuencia que el hombre carnal religioso tiene excelentes costumbres y maneras de obrar y teniendo deseos de destacar se entremezcla con la sociedad, donde se gana el aprecio de la misma y se convierte en un hombre notable. No hay duda de que el mundo amará a los suyos. El que había aspirado con anterioridad a la religiosidad acaba normalmente por abandonar a sus primeros amigos y declara abiertamente: « Me doy por vencido en lo que se refiere al antiguo estilo de religión. Los santos estaban muy bien mientras yo era pobre, pero ahora he hecho una fortuna y creo que debo moverme entre un círculo de personas más de moda.» Así lo hace y obtiene su recompensa. Ismael ciertamente disfrutó de su parte en esta vida y no expresó jamás el deseo de compartir el pacto celestial y sus misteriosas bendiciones. Si mi lector piensa que él se sentiría más libre y más a gusto en la sociedad que en la iglesia de Dios, sepa, sin duda alguna, que pertenece a ese mundo y que no se engañe a sí mismo. Tal y como sea su corazón, así será él. Ningún trabajo forzado podrá convertir a Ismael en Isaac ni a un ser mundano en un heredero del cielo.

Desde el punto de vista exterior, y en esta vida presente, el heredero de la promesa no parecía tener exactamente lo mejor. Ni es tampoco algo que debamos esperar, porque aquellos que escogen su herencia en el futuro han aceptado, de hecho, pasar por dificultades y tribulaciones en el mundo actual.

Isaac tuvo que pasar por ciertos sufrimientos que Ismael nunca tuvo que experimentar: se burlaron de él y se encontró finalmente sobre el altar, pero nada semejante le sucedió a Ismael. Usted, que al igual que Isaac, es hijo de la promesa, no debe de envidiar a aquellos que son los herederos del mundo actual, aunque su suerte parezca más fácil que la de usted. Usted se siente tentado a envidiarles, como le sucedió al salmista cuando se sintió dolorido por causa de la prosperidad de los malvados. Hay en esta inquietud un cierto mirar atrás en lo que hemos escogido, desde el punto de vista espiritual. ¿No hemos acordado tener una parte en el futuro en

vez de hacerlo en el presentes ¿Lamentamos la ganancia? Por otro lado, ¡qué absurdo resulta envidiar a aquellos que merecen nuestra lástima! El perderse la promesa es perderse prácticamente todo. Y los más santurriones se lo han perdido. Estos eruditos mundanos no poseen la luz ni la vida espiritual y tampoco la desean. ¡Qué lamentable es andar en tinieblas y no ser conscientes de ello! Tienen suficiente religión como para ser respetables entre los hombres y para estar cómodos en lo que a su conciencia se refiere, pero ésa es una pobre ganancia, puesto que resultan abominables en los ojos de Dios. No sienten las luchas y los conflictos interiores, no se dan cuenta de la lucha que se entabla entre el antiguo y el nuevo hombre y, por eso, pasan por la vida con gallardía, sin saber nada hasta que viene su fin. ¡Qué desgracia ser tan necios! Vuelvo a repetir que no debemos de envidiarles. Mucho mejor fue la vida de Isaac con su sacrificio, que la de Ismael con su soberanía y con su salvaje libertad porque toda la grandeza del mundanal pronto acabará sin dejar nada tras de sí, sino aquello que habrá de hacerle en el mundo eterno mucho más desgraciado.

Pero no debemos de imaginarnos que los creyentes son desgraciados. Si nuestra esperanza estuviese solamente en esta vida seríamos verdaderamente desgraciados, pero la promesa ilumina toda nuestra carrera y nos hace realmente bendecidos. La sonrisa de Dios, contemplada por la fe, nos da plenitud de gozo. Si la vida del creyente estuviese en la peor de las desventajas, si la pintásemos de los más oscuros colores, si le privásemos no solamente de comodidades, sino con necesidades, incluso entonces, estando el cristiano en la peor de las situaciones estaría mejor que el mundanal en la mejor de las circunstancias. Que Ismael se quede con el mundo entero, sí, démosle tantos mundos como estrellas hay en el cielo de media noche y no le envidiemos. Nos toca aun a nosotros tomar la cruz y ser extranjeros en esta tierra, como lo fueron todos nuestros antepasados, porque la promesa, aunque a otros pueda parecer lejana, la conocemos y sabemos, por fe, que habrá de cumplirse y por medio de ella podemos disfrutar del cielo aquí abajo en la tierra. Si permanecemos con Dios y con su pueblo, nos daremos cuenta de que lo que nos toca vivir es mucho mejor que lo que experimentan los más importantes y honrados de los hijos del mundo * La perspectiva de la segunda venida del Señor y de nuestra propia gloria eterna en comunión con Él, es suficiente para hacernos sentirnos satisfechos mientras esperamos a que aparezca.

Esta diferencia que existe en la tierra conducirá a una triste división en la muerte. El hijo de la esclava será echado fuera en la eternidad como lo fue en su propio tiempo. Ninguno de los que pretenden llegar al cielo por su propio esfuerzo podrá entrar en él ni los que se precian de ganarse el cielo por su propio esfuerzo. La gloria está reservada para los que son salvos por medio de la gracia y ninguno de los que confían en sí mismos tendrán acceso a ella. ¡Cuán lamentable será cuando los que se esforzaron por establecer su propia justicia y no estuvieron dispuestos a someterse a la justicia de Cristo, sean echados fuera! ¡Cuánto envidiarán entonces a los humildes que apenas se atrevieron a aceptar el perdón obtenido gracias a la sangre de Jesús! ¡Entonces descubrirán su locura y su maldad por haber despreciado al don de Dios al preferir su propia justicia a la del Hijo de Dios!

De igual modo que las personas representadas por Ismael e Isaac deben de marchar cada una por su lado a la postre, los principios sobre los que se basan no deben nunca de mezclarse, porque no es posible que exista acuerdo entre ellos. No podemos ser salvos en parte por nosotros mismos y *en parte por la promesa de Dios. El principio y la noción de ganarse la salvación es algo que debemos descartar de nuestra mente. Todos los grados y formas de esta idea deben ser dejados de lado. Si somos tan poco inteligentes como para poner nuestra dependencia parte en la gracia y parte en el mérito, tendremos un pie apoyado sobre una roca y el otro sobre el mar y

nuestra caída será inevitable. No es posible dividir la obra de la salvación. Todo ha de ser por medio de la gracia o de las obras, todo de Dios o del hombre, pero no es posible hacer las cosas a medias. Dejen el inútil esfuerzo que pretende unir dos principios que son tan adversos como son el fuego y el agua. La promesa, y solamente la promesa, debe ser el fundamento de nuestra esperanza. Y todas las nociones legalistas han de ser descartadas como irreconciliables con la salvación por medio de la gracia. No podemos comenzar mediante el espíritu y esperar alcanzar la perfección en la carne. Nuestra religión debe ser de una sola pieza. El sembrar con una semilla mezclada o llevar una prenda de lino y lana mezclada era algo que le estaba prohibido al pueblo de Dios y para nosotros es ¡legal mezclar la misericordia y el mérito, la gracia y la deuda. Siempre que nos venga a la mente la idea de la salvación por el mérito, o por sentimientos o ceremonias, debemos de quitárnosla sin dilación, aunque nos resulte tan querida como Ismael le era a Abraham. La fe no es la vista, el espíritu no es la carne, la gracia no es el mérito, y no debemos de olvidar nunca la distinción, a fin de que no caigamos en un tremendo error y nos perdamos la herencia que pertenece solamente a los herederos que son conforme a la promesa.

He aquí nuestra confesión de fe:

«Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado.» Gal. 2:16.

Aquí tenemos además una clara línea que distingue el método de nuestra salvación y nosotros deseamos mantenerla sencilla y manifestar:

«Así también aun en este tiempo ha quedado un remanente escogido por gracia. Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es gracia.» Ro. 11:5, 6.

Lector, ¿se da usted cuenta de esto?

6.

¿A Quiénes Se Aplican Las Promesas?

El Señor es siempre justo y bueno para con sus criaturas, pues forma parte de su naturaleza el serlo. Pero no había necesidad ni en su justicia ni en su bondad de hacer promesas de gracia a aquellos que se rebelaron en su contra. El hombre ha perdido cualquier forma de pretensión sobre su Hacedor, que hubiese creído tener porque ha transgredido la ley pura y santa que estaba obligado a obedecer. Al hombre nada se le debe salvo la recompensa por sus pecados y si Dios tuviese ahora que tratar al hombre de una manera absolutamente justa tendría que condenarle y castigarle. Cualquier cosa que se haga a favor de una criatura culpable procederá tan sólo de la misericordia no merecida y de la soberana bondad de Dios, debiendo de brotar, de manera espontánea, de la buena voluntad y placer del Altísimo. Las promesas de la gracia fluyen del amor ¡limitado de Dios y solamente de Él, pues no sería posible que surgiesen de ningún otro origen. Ni uno solo de entre la raza humana tiene ningún derecho natural a las promesas de

bendición, ni el mundo entero se las merece. Dios ha hecho esas promesas a los hombres por su propio libre albedrío y porque así le ha placido, sin que haya otro motivo que no sea el amor que brota de su interior.

Él ha escogido hacer las promesas a personas determinadas, que en el proceso del tiempo son descubiertas por la fe que han depositado en Él. Aquellos que Dios ha escogido son guiados por el Espíritu Santo a escoger a Dios y su camino de salvación por la fe en Jesucristo. Aquellos de los elegidos que llegan a los años de la discreción son guiados a la fe en Jesús y todos los que tienen fe en Él pueden llegar a la conclusión de que, sin lugar a duda, pertenecen al número de los escogidos, a los cuales son dadas las promesas. Para aquellos que viven y mueren en incredulidad no existe promesa alguna de parte de Dios, pues estas personas no se encuentran bajo la gracia, sino bajo la ley, y a ellos pertenecen las amenazas y no las promesas. Estos prefieren otra manera de tratar las cosas que no es la gracia de las promesas, y a la postre perecer por haber escogido algo tan insensato. Los escogidos del Señor son guiados a dejar de lado su propio orgullo y la confianza en sí mismos y en sus méritos, y van por el camino de la fe, pudiendo, de ese modo, encontrar descanso para sus almas. El creer en la palabra de Dios y confiar en Aquel que Dios ha enviado para ser nuestro Salvador puede parecer algo de poca importancia, pero no es así; es la señal de la elección, el indicio de la regeneración, la marca de una gloria venidera. De manera que el creer que Dios es verdadero y descansar nuestros intereses eternos en su promesa, nos habla de un corazón reconciliado con Dios, un espíritu en el cual está presente la semilla de la perfecta santidad.

Cuando creemos en Dios tal y como se ha revelado por medio de Cristo Jesús, creemos en todas sus promesas. El depositar la confianza en la Persona implica confiar en todo lo que dice y, por ello, aceptamos todas las promesas de Dios como algo seguro y cierto. No es posible confiar en una promesa y dudar de la otra, sino que confiamos que cada una de ellas es verdad y creemos que esa verdad se aplica a nosotros en lo que se refiere a nuestras condiciones y circunstancias. Argumentamos a partir de afirmaciones generales que tienen una aplicación determinada. Aquel que ha dicho que salvaría a todo el que creyese en El, me salvará a mí porque yo creo en Él, y todas las bendiciones que ha prometido dar a los creyentes me las concederá también a mí como creyente. Éste es un razonamiento sólido y por medio de él justificamos la fe por medio de la cual vivimos y encontramos consuelo. No porque yo merezca nada, sino porque Dios ha prometido libremente dármele en Cristo Jesús y, por tanto, lo recibiré. Ése es el motivo y la base de nuestra esperanza.

De entrada uno se pregunta por qué no todos los hombres creen en Dios. Parecería como si la señal de la elección divina hubiese de ser algo universalmente presente porque Dios no puede mentir y no hay motivo para sospechar que pueda cambiar o que deje de cumplir su palabra. Pero el corazón del hombre es tan falso que el hombre duda de su Hacedor. Odia a su Dios y por eso no cree en Él. La señal más segura de la enemistad natural del hombre en contra de Dios es que éste se atreva a acusar de falsedad a Aquel que es la verdad misma. «El que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo» (1 Jn. 5:10).

La confianza auténtica y práctica en el Dios vivo, por fácil que pueda parecer, es una virtud que no fue nunca practicada por un corazón que no ha sido regenerado. La gloriosa expiación hecha por el Hijo de Dios encarnado merece la confianza de toda la humanidad. Nos hubiésemos imaginado que el pecador estaría dispuesto a lavarse en esa fuente limpiadora y que, sin dudar, hubiese estado dispuesto a creer en el divino Redentor, pero no es así ni mucho menos. Los hombres no están dispuestos a venir a Cristo para poder tener la vida, y antes prefieren

confiar en cualquier cosa que en el sacrificio hecho por Jesús. Hasta que el Espíritu Santo no realiza un milagro en el hombre no confiará en el gran sacrificio que Dios ha provisto y aceptado para acabar con la culpabilidad. Por eso es por lo que este hecho sencillo de la fe se convierte en la característica que distingue a los escogidos del Señor y ninguna otra es tan infalible: «el que cree en Él tiene vida eterna.» Los sentimientos y los hechos podrán muy bien como evidencia de ello, pero la evidencia por excelencia del interés en la promesa de Dios es la fe en Él. «Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia.» Hubo otras muchas cosas buenas en el carácter del patriarca, pero ésta fue la decisiva: creyó en Dios. De hecho, ésa fue la raíz de todo lo demás que fue digno de alabanza en Abraham.

Los hombres que poseen la sabiduría del mundo desprecian la fe y la contrastan con la acción virtuosa, pero esta comparación no es justa. Igual podríamos comparar una fuente con un arroyo o el sol con su propio calor. Si la auténtica fe es la madre de la santidad, que la madre gracia reciba la alabanza por causa de sus descendientes y que no se la compare de otro modo. Un razonamiento tan injusto procede de una malicia injustificada. Si los hombres amasen los buenos hombres tanto como dicen, amarían la fe que producen.

Dios ama la fe porque le honra y también por que por ella se produce la obediencia en Él, y esa obediencia incluye el amor hacia nuestros semejantes. La fe es mucho más de lo que parece a primera vista. En un sentido es la mayor de todas las buenas obras, como nos ha enseñado nuestro Señor Jesús. Los judíos le dijeron (Jn. 6:28, 29): «¿Qué debemos hacer para poner en práctica las obras de Dios?» De buena gana hubiesen puesto en práctica esas obras de Dios, obras muy por encima de las demás y aprobadas por el Señor. Jesús les contestó: «Esta es la obra de Dios, que creáis en el que Él ha enviado. » Como si les estuviese diciendo que la obra más divina y aprobada que podrían realizar sería la de creer en el Mesías, pues el depositar nuestra fe en el Señor Jesús sería la máxima virtud. Los hombres orgullosos podrán burlarse, pero esta afirmación es cierta. « Sin fe es imposible agradar a Dios », pero « el que cree en Él no es condenado ». La promesa es para el que cree en ella, y para él se cumplirá. El que la abraza será abrazado por ella. El que acepta a Cristo será aceptado por Él. El que cree será realmente salvo.

Lector, ¿cree usted en Dios?

7. **La Promesa, Un Don Gratuito**

«Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas» (2 Pedro 1:4).

Obsérvese la palabra «dado» que utiliza Pedro. « Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas.» Somos deudores delante de Dios por todo cuanto tenemos por el don de Dios. Vivimos gracias a la caridad divina. Todo cuanto tenemos lo hemos recibido como un don y todo cuanto hayamos de tener lo recibiremos del mismo modo. « La paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna.» Somos incapaces de ganarnos nada, pero Dios puede darnos todas las cosas. La salvación ha de ser todo un don, un don gratuito, un

don que no nos merecemos, un don espontáneo del amor divino. La promesa de la salvación es de la misma naturaleza.

«Más bienaventurada cosa es dar que recibir» y el que es más bendito de todos, el Dios siempre bendito, se deleita en dar. El dar forma una parte tan natural de Dios como lo es para el sol brillar o para un río fluir. ¡Cuán grande bendición tenemos al ser receptores! Esto queda grandemente enfatizado cuando meditamos en lo necesario que es que recibamos porque las cosas que necesitamos son tales que si no las obtenemos estamos perdidos y perdidos para siempre. Estamos sin vida, sin luz, sin esperanza, sin paz, si no tenemos a Dios. Si Dios no nos da conforme a las riquezas de su gracia, estaremos peor que desnudos, pobres y miserables, estaremos totalmente perdidos ' No es posible que merezcamos esos dones tan ricos. Incluso aunque nos mereciésemos algo, tendríamos que recibirlo sin dinero y sin precio. Una promesa hecha por Dios debe de ser una merced de su gracia, pues no podemos demandar que Dios nos prometa su favor y las bendiciones sin precio que contienen.

Esto nos enseña la postura que hemos de adoptar porque el orgullo no le pega a los que dependen de otros. Aquel que ha de vivir gracias a los dones debe de ser humilde y estar agradecido. Somos mendigos que hemos de colocarnos a la puerta de la misericordia. Nos sentamos todos los días a la puerta del templo a pedir limosna y no de los que entran a adorar, sino de Aquel a quien adoran los ángeles. Siempre que pasa el Señor pedimos, y El nos da y no nos quedamos sorprendidos por el hecho de recibir de su amor porque nos ha prometido darnos grandes misericordias. Él nos enseñó a decir: «Danos hoy nuestro pan cotidiano», y, por lo tanto, ni nos sentimos avergonzados ni asustados por tener que pedirle todas las cosas. Nuestra vida es de dependencia y nos deleitamos en que así sea. Es dulce recibir todas las cosas de manos de nuestro Señor crucificado. Bendita sea la pobreza que nos conduce a la riqueza de Cristo. Nada nos ganamos, pero todo lo recibimos, siendo tres veces bendecidos por tener que participar, hora tras hora, del don de Dios. «Nos ha dado preciosas y grandísimas promesas. »

Amados míos, esta enseñanza respecto a que la promesa es un don debiera de servirnos de estímulo, especialmente si nos sentimos perdidos y estamos dispuestos a admitir que estamos espiritualmente en la bancarrota. Para los que así se encuentran es una palabra de buen ánimo, pues todo se nos da gratuitamente y proviene de la mano de Dios. ¿Por qué no habrá de darles a ellos como a los que están necesitados? Aquellos de nosotros que nos gozamos en Dios hemos recibido todas las cosas como un don gratuito, ¿por qué no habrían de recibirlo otras personas? Se dice: « nada hay más gratuito que un don»; ¿por qué no habría de recibir mi lector como lo hago yo? Para la persona que está dispuesta a dar, la pobreza, por parte del que ha de recibir, debe de ser una recomendación en lugar de ser un obstáculo. Venid, vosotros, los que no tenéis mérito alguno, Cristo será vuestro mérito. Venid vosotros, los que no poseéis la justicia, Él será vuestra justicia. Venid vosotros, los que estáis cargados de pecado, y el Señor perdonador os libraré de vuestro pecado. Venid, los que estáis totalmente desamparados, y seréis ricos en Jesús. El papel de mendigos os irá bien y prosperaréis en El, porque veo que padecéis un hambre cruel y que vuestros bolsillos están vacíos. El que no puede sacar nada no debe de avergonzarse de mendigar, pues el mendigo no necesita oficio. «Los zapatos viejos están llenos de remiendos», y los trapos viejos que lleva gastados Y mal olientes, lo cual es un atuendo apropiado para un mendigo. ¿No está usted vestido de ese modo espiritualmente hablando? Cuanto más pobre sea un desgraciado, más bienvenido será a la puerta de la caridad divina. Cuanto menos tenga usted de sí mismo, más bienvenido será ante Aquel que da gratuitamente y no reprende.

«Venid, oh necesitados, venid y bienvenidos, glorificad el don gratuito de Dios; la verdadera fe y el verdadero arrepentimiento, toda gracia que nos acerca, sin dinero, venid a Cristo y comprad.»

Sí, es un don. Éste es el evangelio que somos enviados a predicaros: «De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él crea no se pierda, mas tenga vida eterna.» «Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna, y esta vida está en su Hijo» (1 Jn. 5:11). Por parte de Dios todo es dar, y por la nuestra todo es recibir. La promesa ya fue hecha y lo fue de manera gratuita y se cumplirá también de manera gratuita. Dios no empieza dando para luego cobrar un precio. No hay que pagar una comisión al recibir la gracia. Él ni pide ni recibe un solo centavo, porque su amor no es otra cosa que un regalo y como tal podemos aceptar su promesa, pues Él no se degradará a sí mismo escuchando a otros términos diferentes.

La palabra dada en el texto es una invitación clarísima a los más pobres de entre los pobres. ¡Ojalá muchos supiesen aprovecharla! La gran campana suena para que todos los que la oyen vengan a la mesa abundante y escuchen y se aproximen. De manera gratuita, según las riquezas de su gracia, Dios promete salvación y vida eterna a todos los que creen en su Hijo, Jesucristo. Su promesa ha sido hecha en firme y es segura, ¿por qué no quieren los hombres creer en ella?

Lector, ¿qué tiene usted que decir a la promesa a a gratuitamente a todos los creyentes? ¿Está usted dispuesto a creer en ella y a vivir conforme a la misma?

8. **La Promesa de Dios, Una Realidad**

Es sin duda algo maravilloso que el Dios eterno haga promesas a sus propias criaturas. Antes de haber empeñado su palabra podía hacer lo que le placiese, pero su verdad y honor le obligan a hacer lo que ha dicho, lo cual no limita para nada su libertad porque la promesa es siempre la declaración de su soberana voluntad y placer, y Él se deleita siempre en actuar conforme a su palabra, pero sigue siendo una condescendencia maravillosa para el espíritu libre del Señor establecer pactos que le atan. Y así lo ha hecho. El Señor ha establecido con los hombres un pacto de gracia, mediante el cual ha confirmado sus promesas, no solamente empeñando su palabra, sino dando su juramento «para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que liemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros».

En ese pacto hay muchas y maravillosas promesas, todas ellas confirmadas en Cristo Jesús, y establecidas para siempre en el fundamento de la divina verdad. Ésta es nuestra esperanza, como escribió Pablo a Tito: «en la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos». Dios ha prometido y en la fidelidad de esa promesa depositamos nuestra confianza desde ahora y para siempre. No consideramos que sea imprudente descansar la salvación de nuestra alma sobre la promesa que ha hecho nuestro fiel Creador. A fin de ayudarnos a tener esa confianza las promesas no fueron solamente algo oral, sino que fueron transmitidas por escrito. Los hombres dicen que les gusta que sus acuerdos queden en letra impresa, y en este caso así ha sido. «Está escrito en el volumen del libro.» La

inspiración ha quedado escrita, y al creer lo que dice en nuestras Biblias no nos queda más remedio que depositar nuestra confianza en lo que contiene.

Es causa de mucha debilidad para muchos el no tratar las promesas hechas por Dios como realidades. Si un amigo les hace una promesa lo consideran como algo sustancial y esperan aquello que les parece seguro, pero consideran las palabras de Dios como palabras que tienen muy poco significado. Esto es algo que deshonra al Señor y es algo perjudicial para ellos. Puede estar usted bien seguro de que el Señor no dice nunca las cosas a la ligera: «Si lo dijo, ¿no lo hará también?» Él mantiene siempre su palabra. David dijo acerca de las promesas que le había hecho el Señor: «Él ha hecho conmigo pacto perpetuo, ordenado en todas las cosas, y será guardado.» Dios habla de un modo deliberado, en el debido orden y con determinación, y podemos estar totalmente seguros de que sus palabras se cumplirán con la misma seguridad con que las dijo. ¿Se han sentido confundidos algunos de los que han puesto su confianza en el Señor? ¿Se puede encontrar un solo caso en el cual Dios haya mentido? ¿Los siglos no pueden producir una sola prueba que demuestre que Jehová ha hecho una promesa y luego no la ha cumplido.

Nosotros admiramos la fidelidad en los hombres y no podemos imaginarnos como algo que pudiese faltar en el carácter de Dios y, por tanto, podemos estar totalmente seguros de que será fiel a su palabra. Se cuenta que Blücher, que marchaba de camino para prestar ayuda a Wellington en Waterloo, se encontró con que a sus tropas les fallaban las fuerzas. «No puede hacerse» le dijeron, a lo que él contestó: «Debe de hacerse, he prometido estar allí, lo he prometido, ¿me habéis oído? No esperaréis que deje de cumplir mi palabra.» Él iba a Waterloo por una buena causa y no iba a dejar que nada le impidiese llegar porque había prometido hacerlo. Nosotros alabamos esa fidelidad y tendríamos una pobre opinión de la persona que no cumpliera. ¿Acaso el Dios Todopoderoso dejará de cumplir lo prometido? No, él moverá cielos y tierra, y conmoverá todo el Universo, antes que echarse atrás en su palabra. Parece decir: «Debe hacerse. Lo he prometido. Prometido, ¿me oís?» Antes de que su promesa quedase sin cumplir prefirió mandar a su propio Hijo, pues mejor era que muriese su Hijo a que la palabra del Señor quedase sin cumplir. Lo repito, podemos depender de ello, el Señor quiere decir exactamente lo que ha dicho y cumplirá hasta lo último que ha ofrecido. Pero a pesar de ello solamente la semilla escogida le creará. Lector, ¿le cree usted?

Dios debe ser verídico, aunque otros engañen. Si toda la verdad del mundo pudiese reunirse, vendría a ser como una gota en un cubo comparada con la veracidad de Dios. La veracidad del más justo de los hombres viene a ser vanidad en comparación con la verdad segura de Dios. La fidelidad de Dios es una roca. Si nosotros confiamos en hombres buenos, más debiéramos aún de confiar en el buen Dios. ¿Por qué parece ser un hecho extraordinario descansar en las promesas de Dios? Al menos a muchos les parece un asunto místico, sentimental, un sueño, pero si lo consideramos con calma nos daremos cuenta de que es una transacción de lo más corriente. Dios es real, todo lo demás es dudoso. Él es seguro, todo lo demás es cuestionable. Él ha de mantener su palabra, ya que es una necesidad absoluta; de otro modo ¿cómo podría ser Dios? El creer en Dios debiera ser un acto de la mente que se realizase sin esfuerzo alguno. Incluso si apareciesen dificultades, los sencillos y puros de corazón deberían de decir espontáneamente: «Que Dios sea cierto y todo hombre un mentiroso.» El darle a Dios menos que una fe implícita es privarle de un honor justamente debido a su santidad intachable.

Nuestra obligación para con Dios requiere que aceptemos su promesa y actuemos conforme a la misma. Todo hombre honrado tiene derecho a que se le dé crédito, y tanto más lo merece el Dios de la verdad. Deberíamos de tratar la promesa como la sustancia de lo prometido, de la misma manera que consideramos un cheque que nos da alguien o una nota a mano como el

pago mismo. En los negocios diarios se hacen constantemente promesas de pago, como si se tratase del dinero del negociante y las promesas que ha hecho Dios debieran de tratarse del mismo modo. Creamos que tenemos las peticiones que le hemos hecho, ya que Él garantiza el que lo hagamos y recompensa nuestra fe cuando lo hacemos.

Consideremos la promesa como algo tan seguro y cierto que podamos actuar en conformidad y lo convirtamos en una cifra principal en nuestros cálculos. El Señor promete la vida eterna a los que creen en Jesús; por lo tanto, si creemos de verdad en Jesús, estemos totalmente seguros de que tendremos vida eterna y gocémonos en ese enorme privilegio. La promesa de Dios es lo que más seguros debe de hacernos sentir, ya que es algo mucho más seguro que los sueños y visiones y las supuestas revelaciones, y se puede confiar más en ella que en nuestros sentimientos, ya sean de gozo o de dolor. Está escrito: «El que en Él cree no será condenado.» Yo creo en Jesús y, por tanto, no soy condenado. Éste es un buen razonamiento y la conclusión es segura. Si Dios lo ha dicho es así, por encima de toda duda. Nada es más cierto que lo que ha declarado el propio Dios, ni nada habrá de acontecer con mayor seguridad que lo que Él ha garantizado por su propia mano y sello.

Cuando un alma se encuentra bajo convicción es consciente de las amenazas del Señor con una intensidad en su creencia que es muy notable, ya que su fe, fruto del temor, pone en el corazón un terror y una consternación que sobrecoge el ánimo. ¿Por qué no habríamos de aceptar la promesa de una manera igualmente consciente? ¿Por qué no aceptarla con la misma seguridad? Si la conciencia está dispuesta a aceptar como verdad el hecho de que el que no cree ya ha sido condenado, también será igualmente cierto que el que cree y es bautizado será salvo, porque esta última afirmación ha sido igualmente hecha por Dios, como lo fue la anterior. La tendencia de la mente despierta es pensar mucho más en el lado oscuro de la palabra de Dios y sentir todo su impacto y, al mismo tiempo, descuidar el lado positivo de lo escrito y dudar de ello, como si fuese demasiado bueno como para ser cierto. Pero esto es una locura. Toda bendición es demasiado buena como para que la recibamos sí las consideramos a la luz de nuestra indignidad, pero no hay ninguna bendición que sea demasiado buena para que Dios no la pueda conceder, si la juzgamos por su excelencia inimitable. Pero es conforme a la naturaleza de un Dios de amor derramar sus bendiciones sin límite. Si Alejandro dio como un rey, ¿no dará Jehová como un Dios?

A veces hemos escuchado a algunas personas decir: «eso es tan seguro como la misma muerte» y nosotros sugerimos que es posible decir, de igual manera: «tan cierto como la vida». Aquellas cosas que procedan de la gracia son tan seguras como las «terribles cosas de la justicia». «Todo aquel que creyere en Jesús no perecerá, sino que tendrá vida eterna.» Debe de ser así porque lo ha dicho la palabra de Dios y no puede haber ningún error en ello.

Sí, el Señor quiere decir lo que ha dicho. Él no se burla nunca de los hombres haciendo uso de palabras vacías y sin significado. ¿Para qué habría de engañar a sus criaturas, pidiéndoles una confianza que fuese estéril? El Señor puede ir más allá de lo dicho, dando mucho más de lo que creemos que quiere decir, pero no puede nunca quedarse corto. Nosotros podemos interpretar sus promesas basándonos en una escala de lo más liberal. Él nunca se queda corto en la interpretación más amplia que la esperanza pueda concebir tocante a la promesa. La fe no ha sido aún capaz de llegar más lejos que la promesa que Él ha hecho con generosidad inesperada. Hagamos nuestra esa promesa y gocémonos sabiendo que es sustancia y no sencillamente una sombra. Disfrutemos ahora mismo esa promesa como si se tratase de la realidad que estamos esperando.

9.

El Especial Tesoro de los Creyentes

Las promesas que Dios ha hecho son el especial tesoro de los creyentes: la sustancia de la herencia de la fe reside en ellas. Todas las promesas del Dios del pacto son nuestras para tenerlas y guardarlas, como nuestra posesión personal. Las recibimos y las conservamos por la fe y se convierten en nuestra verdadera riqueza. En la actualidad podemos gozar de ciertas cosas que son preciosas, pero el capital de nuestra riqueza, la mayor parte de nuestro patrimonio es el que se encuentra en la promesa de nuestro Dios. Aquello de que disponemos en la actualidad no es más que una pequeñísima parte del inconmensurable pago de la gracia que recibiremos en el momento oportuno.

El Señor nos da en la actualidad, por medio de su gracia, todas las cosas que necesitamos para esta vida y para vivir con santidad, pero sus más preciadas bendiciones son las que se reserva para los tiempos venideros. La gracia que recibimos día tras día es el dinero para nuestros gastos en el camino al hogar, pero no es nuestro patrimonio. Lo que se suple de manera providencial es las raciones para la marcha, pero no es la posterior fiesta del amor. Puede que nos perdamos estas comidas junto al camino, pero vamos a llegar a la Cena del Cordero. Puede que los ladrones nos quiten lo que llevemos a mano, pero nuestro especial tesoro está depositado con Cristo en Dios por encima del temor de perderlo. La mano que tuvo que sangrar para hacer nuestro este tesoro lo está guardando para nosotros.

Es un gran gozo sentirnos plenamente seguros de nuestro interés en las promesas, pero es posible perder ese sentimiento de gozo y puede que sea difícil recuperarlo, pero la herencia eterna será igualmente nuestra. Es como si el hombre tuviese que tener a mano una copia fidedigna de su escritura y se deleitará grandemente en leerla hasta que, por alguna desgracia, su copia le sea robada o se pierda. Pero la pérdida de su escritura no es la pérdida de sus derechos. No podrá leer fácilmente su escritura si esto sucede, pero su derecho a su propiedad no lo va a cambiar nada. La promesa del pacto es igualmente para todos los herederos con Cristo, y no hay manera de que se rompa dicho pacto. Habrá muchos sucesos que hagan que el creyente dude de su seguridad, pero «la promesa está segura para toda la simiente». Nuestra posesión más importante no es el confort o la confianza que derivamos de la promesa, sino la promesa propiamente, y en la gloriosa herencia que nos asegura. Nuestra herencia no se encuentra a este lado del Jordán. La ciudad de nuestra habitación no se encuentra dentro de las fronteras del presente. Las vemos desde lejos, pero habremos de esperar para disfrutarla a que llegue ese día ilustre cuando el que es la Cabeza del pacto se revelará en su gloria y todo su pueblo juntamente con Él. La providencia de Dios es nuestra pensión terrenal, pero la promesa de Dios es nuestra herencia celestial.

¿Se le ha ocurrido preguntarse alguna vez por qué Dios trata a sus escogidos por medio de sus promesas? Él podría haber dado sus bendiciones de inmediato sin habernos notificado de su intención. De esa manera hubiese evitado la necesidad de hacer un pacto sobre las mismas. No había necesidad en la naturaleza de las cosas de este plan de promesas. El Señor podría habernos concedido todas las misericordias que necesitábamos, sin haber tenido que empeñar su palabra para ello. Dios, con su gran fuerza de voluntad, y con la firmeza de su propósito, podría haber resuelto secretamente en sí mismo hacer todo cuando hace a favor de los creyentes sin haberles convertido en confidentes de su consejo divino. Muchas otras cosas ha guardado secretas desde la fundación del mundo; ¿por qué, entonces, ha revelado sus propósitos en cuanto a las

bendiciones? ¿A qué se debe que su trato con su pueblo, desde las puertas del Edén, hasta el presente se ha basado en las promesas públicamente expresadas?

¿No es ésta una pregunta que se contesta por sí sola? En primer lugar, no hubiésemos sido creyentes si no hubiese existido una promesa en la cual poder creer. Si el sistema de la salvación ha de ser por medio de la fe, es necesario que exista una promesa sobre la cual poder ejercitar la fe. El plan de la salvación por la fe ha sido seleccionado porque es el más apropiado de los principios de la gracia y requiere que se hagan esas promesas de modo que la fe pueda tener al mismo tiempo alimento y fundamento. La fe sin una promesa sería como un pie sin tener terreno para apoyarse, y una fe así, si es que se mereciese el nombre de fe, sería indigna del plan de la gracia. La fe ha sido escogida como el gran mandato evangélico, y la promesa se convierte en una parte esencial de la dispensación del evangelio.

Además de que es un pensamiento encantador el que nuestro buen Dios nos diese a propósito unas promesas sobre cosas buenas a fin de que pudiésemos disfrutarlas dos veces, primeramente por la fe, y luego sus frutos. Él nos da por partida doble al hacernos la promesa, y también nosotros recibimos dos veces al apropiarnos de las promesas por medio de la fe. El momento para que se cumplan esas promesas no es algo que sucederá en breve, pero por medio de la fe comprendemos la promesa y la anticipación de la bendición que esperamos llena nuestras almas con el beneficio mucho antes de que se haga una realidad. Tenemos un ejemplo de ello, a gran escala, en los santos del Antiguo Testamento. La gran promesa de la semilla en la cual serían benditas todas las naciones de la tierra era la base en la cual depositar la fe, el fundamento de la esperanza y la causa de la salvación de miles de creyentes mucho antes de que el Hijo de Dios apareciera entre los hombres. ¿No dijo nuestro Señor: «Abraham vio mi día y se gozó en él»? El gran padre de los fieles vio el día de Cristo por el telescopio de la promesa de Dios, por medio del ojo de la fe, y aunque Abraham no obtuvo el cumplimiento de la promesa, sino que durmió antes de la venida del Señor, como le sucedió a Isaac, a Jacob, y a muchos otros de los santos, tuvo a Cristo en quien poder confiar, al cual amar y servir. Antes de que naciese en Belén o de que fuese ofrecido en el Calvario, Jesús fue visto de tal modo por los fieles que se pudieron gozar en Él. La promesa les daba un Salvador antes de que el Salvador, de hecho, apareciese. Lo mismo nos sucede a nosotros en la actualidad, puesto que podemos, por medio de la promesa, tener posesión de todas las cosas que no se han visto todavía. Por la anticipación hacemos que la bendición que ha de venir sea un gozo presente. La fe borra el tiempo, aniquila la distancia y hace que las cosas futuras estén en nuestra posesión. El Señor no ha hecho todavía que nos unamos a los aleluyas de los cielos, porque no hemos pasado aún por las puertas de perlas ni hemos caminado por las calles de oro transparente, pero la promesa de semejante felicidad ilumina lo oscuro de nuestra aflicción y hace que podamos disfrutar, por anticipado, de una prueba anticipada de esa gloria. Nosotros podemos triunfar por la fe antes de que nuestras manos puedan, de hecho, tocar las palmas. Reinamos con Cristo por medio de la fe y antes de que las coronas estén sobre nuestras cabezas. En muchísimas ocasiones hemos visto el amanecer del cielo mientras hemos visto penetrar la luz de la promesa. Cuando la fe ha sido vigorosa hemos podido ascender donde estuvo Moisés y contemplar la tierra que fluía con leche y miel, y luego, cuando Ateo declaró que no existía la Ciudad Celestial, le hemos respondido: «¿Acaso no la contemplamos desde las Montañas Deleitables?» Hemos visto suficiente, gracias a la promesa, como para estar totalmente seguros de la gloria que el Señor ha preparado para los que le aman y, de ese modo, hemos obtenido nuestra primera visión de la prometida dicha, y hemos encontrado el pleno gozo y disfrute de ella.

¿No cree usted además que la promesa tiene también el propósito de apartarnos constantemente de las cosas que se ven, de las que son de abajo para guiarnos a las espirituales e invisibles? El hombre que vive guiado por la promesa de Dios se ha elevado y se ha situado en un ambiente superior, dejando atrás la opresión de los valles de la vida diaria. «Es mucho mejor», dice uno, «confiar en el Señor que depositar nuestra confianza en los hombres. Es mucho mejor confiar en el Señor que en príncipes». Y así es efectivamente, porque es más espiritual, más noble y más inspirador. Necesitamos elevar nuestra confianza por el poder divino, porque nuestra alma tiene tendencia a apegarse al polvo de la tierra. ¡Por desgracia nos vemos impedidos por nuestro deseo idólatra de ver, de tocar y manipular, pues hemos puesto la confianza en nuestros sentidos, pero no tenemos suficiente sentido como para confiar en nuestro Dios! El mismo espíritu que hizo que el pueblo de Israel clamase en el desierto: «haznos dioses que vayan delante de nosotros » nos hace suspirar deseando algo que sea tangible, de carne y hueso, algo que podamos asir y en lo cual depositar nuestra confianza. Tenemos intensos deseos de encontrar pruebas, señales y evidencias, y no estamos dispuestos a aceptar las promesas divinas como algo mucho más seguro y mejor, a pesar de ser las cosas invisibles. Es una gran bendición cuando un hijo de Dios se ve obligado a dejar atrás las cosas temporales y tener que ir a la roca de lo eterno, teniendo que seguir el llamamiento de la regla de la promesa.

Además, las promesas son para nuestros corazones una ayuda para comprender al Señor mismo. El Hijo de Dios, al creer en la promesa, siente que Dios es y que es galardonador de los que buscan diligentemente. Nuestra tendencia es apartarnos de un Dios real porque vivimos y nos movemos en la región del materialismo y tenemos propensión a dejarnos cautivar por sus influencias. Sentimos que nuestros cuerpos son de verdad cuando nos duele, y que este mundo que nos rodea es real cuando nos sentimos abrumados por sus cruces, pero el cuerpo es una pobre tienda y el mundo es sencillamente como una burbuja.

Estas cosas visibles son insustanciales, pero a nosotros se nos antojan lamentablemente sólidas y lo que necesitamos es saber que lo invisible es tan real como lo que vemos, e incluso más. Necesitamos un Dios vivo en este mundo moribundo y debemos de tenerle realmente cerca de nosotros o fracasaremos. El Señor está adiestrando a sus hijos para que puedan sentirle, y la promesa es parte del proceso educativo.

Cuando el Señor nos da la fe y reposamos en su promesa nos encontramos cara a cara con él. Preguntamos: «¿Y quién dio la promesa? ¿Quién habrá de cumplirla?», y de este modo nuestros pensamientos son guiados a la presencia del glorioso Jehová. Sentimos lo necesario que es para todo el sistema de nuestra vida espiritual y cuán ciertamente se introduce en ella, de modo que podamos vivir en él y movernos y tener nuestro ser. Si la promesa nos estimula es solamente porque Dios está detrás de la promesa porque las palabras de la promesa no serían nada si no fuese porque proceden de los labios de Dios, que no puede mentir y porque las realiza la mano del que no puede fallar. La promesa es un aviso anticipado del propósito divino, un anticipo de la bendición futura; es, de hecho, una muestra de la cercanía de Dios a nosotros. Hemos de acercarnos a Dios para que se realice el cumplimiento de su promesa, y es por eso que Él nos trata por medio de promesas. Si el Señor hubiese puesto sus misericordias a nuestra puerta sin haber hecho la menor alusión a ellas, si las hubiese enviado con una regularidad constante, del mismo modo que hace que salga el sol todas las mañanas, las hubiésemos despreciado como los resultados corrientes de las leyes naturales y, de ese modo, nos hubiésemos olvidado de Dios por la puntualidad de su providencia. Sin duda alguna, nos hubiese faltado la suprema prueba de ser y del amor maravilloso de Dios que ahora recibimos al leer la promesa, al aceptarla por fe, al suplicarla por medio de la oración y al verla cumplida en el momento oportuno.

La regularidad de la abundancia divina que debiera de sostener y de aumentar la fe es con frecuencia el medio para debilitarla. La persona que recibe el pan gracias a una anualidad del gobierno o por medio de una renta cuatrienal, se siente tentado a olvidar que Dios tuviese nada que ver en el asunto. Pero no debería ser de esa manera, a pesar de lo cual y por causa de la dureza de nuestros corazones ése es el lamentable resultado que sigue frecuentemente a la constancia de esa providencia que es el resultado de la gracia.

A mí no me sorprendería que aquellos israelitas que nacieron en el desierto y que habían recogido el maná todas las mañanas, durante años, dejasen de maravillarse ni de ver la mano de Dios en él. ¡Qué estupidez tan vergonzosa! Hay muchas personas que han tenido que vivir con lo justo, y de ese modo han podido ver la mano de Dios en cada pedazo de pan, pero esas personas han logrado finalmente prosperar, por la bondad de Dios, en este mundo, y han obtenido unos ingresos regulares ' sin preocupación ni esfuerzo, y no ha pasado mucho tiempo antes de que estas personas lo considerasen como el resultado natural de su propio esfuerzo y ya no ha brotado de ellas la alabanza y el amor hacia el Señor. El tener que vivir sin la presencia consciente del Señor es una situación realmente terrible. ¡Sus necesidades han quedado cubiertas, pero no por la mano de Dios! ¡Han sido sostenidos, pero sin la ayuda de Dios! Mucho mejor sería estar en la pobreza, la enfermedad o exilados, y de esa manera sentimos deseos de buscar a nuestro Padre celestial. A fin de evitar el que nos encontremos bajo la maldición de olvidar a Dios, al Señor le ha placido el conceder sus mejores bendiciones, pero en relación con sus propias promesas, y el hacer que depositemos nuestra fe en ellas. El no va a permitir que sus misericordias se conviertan en velos que oculten su rostro de los ojos de nuestro amor, sino que las convierte en ventanas por medio de las cuales nos puede mirar. Se ve al que ha hecho la Promesa en dicha promesa y nos fijamos para ver su mano en la realización y, de esa manera, nos salvamos del ateísmo natural que anida en el corazón del hombre.

Me parece bien repetir que nos encontramos bajo el régimen de la promesa a fin de que podamos crecer en la fe. ¿Cómo podría existir la fe sin una promesa? ¿Cómo podríamos aumentar nuestra fe sin comprender más y más la promesa? En la hora de la necesidad hemos de recordar que podemos: «clamad a mí en el día del conflicto y yo os libtararé». La fe cree en esta palabra y se encuentra libre y, de ese modo, se fortalece y glorifica al Señor.

Hay ocasiones en las que la fe no se encuentra con que la promesa se ha cumplido de inmediato, sino que tiene que esperar durante un tiempo. Este es un ejercicio excelente para la fe y sirve para poner a prueba su sinceridad y su fuerza. Esta prueba trae seguridad al creyente y le llena de consuelo. Al pasar el tiempo la oración obtiene una respuesta y la bendición de la promesa se concede, y es cuando la fe se ve coronada por la victoria y se da la gloria a Dios, pero entre tanto la demora ha producido la paciencia de la esperanza y cada una de las misericordias adquiere doble valor. Las promesas son un terreno de adiestramiento para la fe; son como las barras y obstáculos que se utilizan en los ejercicios atléticos de nuestra joven fe, y por medio de su uso ésta se fortalece de tal manera que puede saltarse una tropa o pasar por encima de una pared. Cuando nuestra confianza en Dios es fuerte y firme nos reímos de lo que es imposible, y clamamos: «Se hará», pero esto no podría suceder si no existiese una promesa infalible en la cual la fe se fortaleciese.

Aquellas promesas que no se han cumplido todavía son preciosas ayudas para que sigamos avanzando en la vida espiritual. Nos animan estas importantes y preciosas promesas de manera que nos sea posible aspirar a mayores cosas. La perspectiva de las cosas buenas que han de sucedernos nos fortalecen y nos ayudan a soportar y a seguir adelante. Usted y yo somos

como los niñitos que aprenden a caminar y se sienten animados a hacerlo cuando alguien les pone delante una manzana. Nos sentimos persuadidos a ejercitar nuestras débiles piernas de la fe por tener delante la perspectiva de la promesa. De ese modo nos acercamos un paso más a Dios. El pequeñín tiende a agarrarse a una silla porque le resulta difícil soltarse del todo y mantenerse sobre sus piecitos, pero llega un día en que tiene el suficiente valor como para dar un pasito y acaba a los pies de su madre. Esta pequeña aventura le conduce a otra y otra hasta que corre por sí solo. La manzana juega un papel decisivo en la enseñanza del pequeñín, y lo mismo sucede con la promesa en la educación de la fe. Hasta ahora hemos recibido una promesa tras otra, al menos confío en que así sea, de tal manera que no precisamos seguir arrastrándonos por los suelos y agarrarnos a las cosas que encontramos en nuestro camino, sino que podemos ya caminar por fe.

La promesa es un instrumento necesario para la enseñanza de nuestras almas en todo lo que se refiere a las gracias espirituales y a nuestros actos. Cuántas veces no habré dicho: «Mi Señor, he recibido mucho de ti, te bendigo por ello, pero aún queda una promesa más que no he disfrutado, así que seguiré adelante hasta que obtenga su cumplimiento. El futuro es territorio desconocido, pero entro en él con tu promesa y espero encontrar en él la misma bondad y misericordia que hasta ahora me han seguido; sí, yo espero mayores cosas que éstas.»

Tampoco debo olvidarme de recordar al lector que la promesa es parte de la economía de nuestra condición espiritual aquí en la tierra, porque nos incita a la oración. La promesa es, por así decirlo, el material en bruto de la oración. La oración riega los campos de la vida con las aguas que están depositadas en las reservas de la promesa. La promesa es el poder de la oración. Vamos a Dios y le decimos: «Haz lo que tú has dicho, Oh Señor, he aquí tu palabra, te suplicamos que la cumplas.» Por tanto, la promesa es el arco con el cual disparamos las flechas de nuestras súplicas. A mí me gusta en los momentos en que paso por situaciones difíciles encontrar una promesa que encaje exactamente con mi necesidad, y apropiármela diciendo: «Señor, ésta es tu palabra, te suplico que demuestres que es así cumpliéndola en mi caso. Creo que ésta es tu propia escritura y te suplico que la cumplas conforme a mi fe.» Yo Creo en la inspiración plenaria y espero humildemente en el Señor el cumplimiento plenario de cada una de las afirmaciones que ha dejado por escrito. Me deleito en probar las palabras que ha dicho y esperar que haga exactamente lo que ha dicho que haría precisamente porque lo ha dicho. Es una gran cosa verse guiado a la oración por causa de la necesidad, pero mucho mejor aún es sentir el deseo de orar porque tenemos una esperanza que es el resultado de la promesa. ¿Oraríamos alguna vez si Dios no nos buscara una ocasión para que orásemos y nos animara por medio de sus promesas de obtener una respuesta? Tal y como es, en el orden de la providencia somos puestos a prueba y luego nosotros probamos las promesas. Sentimos un hambre espiritual y nos alimentamos por medio de la palabra que procede de la boca de Dios. Gracias al sistema que sigue el Señor con sus escogidos nos mantenemos en una constante comunión con Él y no se nos permite olvidar a nuestro Padre celestial, teniendo que ir con frecuencia al trono de la gracia bendiciendo a Dios por las promesas que la cumplido y haciendo nuestras otras promesas en las cuales hemos depositado nuestra confianza. Visitamos en muchas ocasiones la morada divina porque hay una promesa que podemos reclamar y un Dios que espera impartirnos su gracia. ¿No es éste un orden por el cual debemos de sentirnos agradecidos? ¿No debíamos nosotros de alabar al Señor por no derramar sobre nosotros bendiciones que no esperamos, sino que eleva el valor de sus beneficios haciéndolos tema de sus promesas y objeto de nuestra fe?

10. La Evaluación de Las Promesas

«Por medio de las cuales nos ha dado preciosas y grandísimas promesas» (2 Pedro 1:4).

Hemos pensado que las promesas son nuestro tesoro y ha llegado el momento de que las estudiemos y calculemos el valor que tienen. Debido a que las promesas son nuestro patrimonio, hagamos un cálculo correcto de nuestra riqueza, pues es muy posible que no tengamos idea de lo ricos que somos. Sería lamentable que viviésemos que vivir sumidos en la pobreza sencillamente por no saber lo grande que es nuestra propiedad. ¡Ojalá que el Espíritu Santo nos ayude a realizar la debida evaluación de las riquezas de la gracia y de la gloria que nos están reservadas gracias al pacto de la promesa!

El apóstol Pedro habla acerca de las promesas como de algo «preciosísimo y grandísimo», y ciertamente exceden a todo lo que se las pueda comparar. Nadie ha hecho jamás promesas como las que ha hecho Dios. Los reyes han llegado a prometer incluso hasta la mitad de sus reinos, pero ¿y eso qué? Dios prometió dar a su propio Hijo, e incluso darse a sí mismo, a su pueblo, y lo hizo. Los príncipes ponen un límite al llegar a un punto determinado, pero el Señor no limita los dones que ha ordenado para sus escogidos.

Las promesas de Dios no solamente exceden a todo lo precedente, sino que sobrepasan toda limitación. Incluso teniendo a Dios como ejemplo, nadie ha sido capaz de rivalizar con Él cuando se trata de la liberalidad. Las promesas de Jehová se encuentran muy por encima del resto de las promesas al igual que los cielos están muy por encima de la tierra.

Además las promesas sobrepasan todo cuanto esperamos de ellas. Él hace a nuestro favor «mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos». Nadie podría haberse imaginado que el Señor pudiese hacer las promesas que ha hecho y que sobrepasan los sueños más románticos. Incluso las esperanzas más optimistas quedan atrás y las más elevadas concepciones son superadas. La Biblia debe de ser verdad porque no podría haber sido inventada: las promesas que contiene son superiores en cantidad y mejores en calidad que el más expectante hubiese esperado encontrar. Dios nos sorprende con la plenitud inigualable de sus reconfortantes palabras y nos colma de favores hasta que, al igual que David, nos quedamos asombrados y clamamos: «¿Cómo ha llegado esto a mí?»

Las promesas exceden toda medida, hay un abismo de profundidad en ellas, en cuanto a su significado, un cielo de altura en cuanto a su excelencia, y un océano de anchura en cuanto a su duración. Podemos decir de cada una de ellas: «Son muy elevadas, no me es posible alcanzarlas.» En general, las promesas son una prueba de la plenitud y de la suficiencia de Dios y, al igual que sucede con Dios, todo lo llenan. Ilimitadas en su alcance, nos rodean por todas partes, tanto si estamos despiertos como si dormimos, si vamos hacia adelante o si regresamos. Cubren toda la vida, desde la cuna hasta la sepultura. Se les puede achacar una omnipresencia porque nos rodean por dondequiera que vamos y en todo tiempo. Son nuestra almohada cuando nos dormimos y cuando nos despertamos siguen a nuestro lado. « ¡Cuán preciosos me son tus pensamientos, oh Dios! ¡Cuán maravillosa la suma de ellos!» «Muy por encima» de todo lo calculado y deseado, las admiramos y adoramos al Dador, pero nunca podremos medirlas.

Las promesas exceden incluso a toda experiencia. Aquellos hombres de Dios que han conocido durante cincuenta o sesenta años al Señor no han llegado a extraerles todo el jugo a sus promesas. A pesar de lo cual se puede decir: «la flecha ha llegado aún más lejos». Algo mucho mejor y más profundo queda para que lo busquemos en el futuro, y la persona que se hunde más

abajo, por experiencia, en las profundidades de las promesas divinas, es plenamente consciente de que existe una profundidad superior en cuanto a la gracia, y que el amor es insondable. La promesa es más larga que la vida, más ancha que el pecado, más profunda que el sepulcro y más alta que las nubes. La persona que más familiarizada está con el libro de oro de las promesas sigue siendo un principiante en su estudio, pues hasta los más ancianos de Israel encuentran que este volumen sobrepasa a todo conocimiento.

Sin duda no tengo necesidad de añadir que las promesas exceden a toda expresión. Si me fuesen concedidas todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, no podría decirnos cuán grandes e importantes son las promesas de Dios. No solamente sobrepasan a una lengua, sino a todas, sobrepasan las palabras más entusiastas que jamás se hayan dicho. Hasta los ángeles que se encuentran delante del trono desean mirar estas cosas pues aún no han podido discernir el misterio, la longitud, el ancho y la profundidad. En Cristo Jesús todo excede a la descripción y las promesas; en Él han agotado la fuerza de todo lenguaje, ya sea humano o divino. Por tanto me resultará inútil lograr lo imposible.

Pedro dice que son «grandísimas» y él lo sabía muy bien. Proceden de un gran Dios, nos aseguran un gran amor, llegan a los grandes pecadores, producen grandes resultados y tratan temas de profunda importancia. Son tan grandes como la propia grandeza; nos acerca al gran Dios para que sea nuestro Dios para siempre jamás. La primera promesa que hizo Dios fue la de darnos a su Hijo. Podríamos decir, como es natural: «gracias a Dios por su don inefable», pero no pronunciemos esas palabras a la ligera. El hecho de que Dios diese a su Hijo unigénito es, por encima de todo concepto, un gran acto de amor, y, de hecho, la palabra «gran» se queda corta y resulta inadecuada para describir semejante milagro de amor. Cuando el Señor dio a su Hijo, entregándole gratuitamente a nuestro favor, ¿entonces que? Prometió darnos al Espíritu Santo, el Consolador, para que habitase para siempre con nosotros. ¿Podemos nosotros medir el valor de esa grandiosa promesa? El Espíritu Santo descendió en Pentecostés en cumplimiento de una antigua profecía, ¿no fue ese hecho algo sobremanera grande y precioso como don? Recordemos que el Espíritu Santo obra en todos nosotros las gracias que nos preparan para la sociedad de los cielos. ¡Gloria sea a Dios por esa gracia sin límites!

¿Qué sucederá a continuación? El Señor nos ha hecho una promesa, la de « venir de nuevo, una segunda vez, sin ofrenda por el pecado para salvación». ¿Pueden todos los santos juntos medir con exactitud la grandeza de la promesa tocante a la Segunda Venida? Esto significa una infinita felicidad para los santos. ¿qué más ha prometido? Pues que debido a que El vive nosotros también viviremos. Nosotros poseeremos la inmortalidad para dicha de nuestras almas y además gozaremos la resurrección de nuestros cuerpos, reinaremos con Cristo, estaremos glorificados a su diestra. Promesas que han sido cumplidas y otras que no, promesas para el tiempo y otras para la eternidad, son tan fantásticas que es inconcebible que puedan ser más grandes.

«¿Qué más puedo decirte que no te haya dicho ya? A ti que por refugio has corrido a Jesús.»

¡Oh vosotros, los que habéis enseñado a vuestras mentes a tener elevados pensamientos, contadme os cálculos que habéis hecho de las fieles promesas! Yo conozco la promesa del perdón de los pecados. ¡Oh, vosotros, los que habéis sido perdonados, declarad la grandeza de esta bendición! Hay una promesa de adopción. ¡Hijo de Dios, has comenzado a conocer la naturaleza del amor que siente Dios por ti en este sentido, proclama tu gozo! Hay la promesa de ayuda en todo tiempo de necesidad. ¡Los que habéis pasado por la prueba, sabéis cómo el Señor

sostiene y libra a sus escogidos, proclamad la generosidad de su gracia! Hay una promesa según la cual la fortaleza será conforme a vuestro día. ¡Los que trabajáis infatigablemente por el Señor o llevando su cruz día tras día, sentís cuán grande es la promesa de su seguro apoyo. Qué gran palabra ésta: «Todas las cosas obran para bien para los que aman a Dios, a los que conforme a su propósito son llamados.» « Él no negará nada a los que andan en integridad.» ¿Quién es capaz de calcular el ancho de estas gloriosas promesas? De nada sirve que saquéis de vuestros bolsillos la cinta métrica, pues no os servirá en este caso. Si fuese tomar la distancia desde una estrella fija como base, todos los cálculos serían aún imposibles. Todas las cadenas que se han utilizado para medir los terrenos de los ricos serían inútiles en este caso. Un millonario determinado presume de que su terreno llega de un mar a otro, pero no hay ningún océano que pueda poner límite a todas las posesiones que han sido aseguradas para nosotros por la promesa de nuestro fiel Dios. El tema es tan tremendamente grande que sobrepasa mi poder de expresión y, por tanto, yo me abstengo.

El versículo sobre el que estamos pensando habla de «preciosas y grandísimas promesas», aunque lo precioso y grande rara vez van juntos, pero en este caso se han unido en grado supremo. Cuando el Señor abre su boca para hacer una promesa es siempre digna de Él, pues sus palabras hablan de supremo poder y riqueza. En lugar de intentar hablar acerca de lo preciosas que son las doctrinas, desde el punto de vista doctrinal, echaré mano de la experiencia de aquellos que las han puesto a prueba y han demostrado su veracidad.

¡Amados, cuán preciosas son las promesas para los pobres y los que están necesitados! Aquellos que son conscientes de su pobreza espiritual conocen el valor de la promesa que tiene su caso en consideración. ¡Cuán preciosas son además las promesas para aquellos que las han visto cumplidas! A veces nos es posible recordar ocasiones y momentos en los que nos sentimos deprimidos y el Señor nos ayudó conforme a su palabra. Incluso antes de que nos sacase del pozo horrible, no dejó que nos hundiésemos en la ciénaga y sí nos permitió que viviésemos con la esperanza del momento en que Él vendría a liberarnos. Su promesa evitó que nos muriésemos de hambre mucho antes de que llegásemos al banquete del amor. Al anticiparnos a las dificultades que habremos de enfrentar en el futuro nuestra confianza reposa en la promesa, por lo que es preciosa para nosotros incluso antes de que se cumpla. Cuanto más creemos en la promesa tanto más encontramos para creer en ella. Tan preciosa es la palabra de Dios para nosotros, que nos podríamos deshacer de cualquier cosa que tuviésemos antes que deshacernos de una sola frase de ella. No estamos seguros de cuál de las promesas del Señor necesitaremos la próxima vez y aquella a la que apenas hemos prestado atención puede convertirse en un momento determinado en algo esencial para nuestra vida. ¡Gracias a Dios que no tenemos necesidad de deshacernos de ninguna de las joyas de la armadura de las Sagradas Escrituras, todas ellas son sí y amén en Cristo Jesús para gloria de Dios para nosotros!

¡Cuán preciosas resultan las promesas cuando nos encontramos enfermos contemplando la eternidad día tras día, siendo puestos a prueba y tentados por el dolor y el cansancio! Todas las circunstancias deprimentes pierden su fuerza del mal cuando nuestra fe se aferra con fuerza de las promesas hechas por Dios! ¡Cuán dulce es sentir que puedo tener mi mente y mi corazón en la promesa, reposando en la verdad del Altísimo! No tengo que confiar en la vanidad terrenal, sino en la verdad celestial; ésa es mi confianza. No se puede encontrar nada en ningún lugar que tenga ni siquiera punto de comparación con esas preciosas promesas. Son realmente preciosas, pues son capaces de alentar a los moribundos y hacer que pasen a la eternidad con el mismo encanto que si fuesen a asistir a un banquete nupcial. Lo que dura eternamente y es bueno

alcanza un valor infinito. Todo lo que trae y contiene es realmente precioso y tales son las promesas que ha hecho Dios.

Si las promesas son así de grandes y preciosas, aceptémoslas y creamos en ellas con gozo. ¿Tengo yo que instar al hijo de Dios a que lo haga? No, no le deshonraré haciéndolo, pues, sin duda, ¡creará en su propio Padre! No me cabe duda alguna de que debiera ser la cosa más fácil del mundo para los hijos del Altísimo creer en el que les ha dado el poder para creer en Él, que les ha concedido el privilegio de ser hechos hijos de Dios. ¡Mis hermanos, no nos tambaleemos ante la promesa por causa de la incredulidad, sino creamos a pies juntillas!

Pero hay algo más que debemos hacer: conocer las promesas. ¿No deberíamos de sabérnoslas de memoria? ¿No deberíamos ser un clásico para los creyentes? Puede que no haya leído usted el último libro que ha salido o que no haya oído hablar del último decreto gubernativo, pero debemos de conocer a fondo lo que ha dicho el Señor y asegurarnos de que su palabra se va a cumplir. Debiéramos de ser tan versados en las Escrituras como para tener siempre en la punta de la lengua la promesa que más exactamente encaje con nuestro caso. Deberíamos, además, de ser copistas de la Escritura: la promesa divina debiera de estar grabada en nuestros corazones como lo está en las páginas del Libro. Es algo realmente triste y lamentable que un hijo de Dios no sea consciente de la existencia de la promesa real que le hace rico. Es lamentable que seamos como el hombre pobre, que le habían dejado una fortuna, pero no sabía nada acerca de ello, y por eso continuó barriendo las calles y pidiendo limosnas. ¿de qué sirve tener un ancla en el puerto cuando el barco se encuentra en medio de un mar embravecido por la tempestad? ¿De qué nos sirve una promesa que no somos capaces de recordar para poder pedirla en oración? Si hay cosas que usted no sabe, al menos intente familiarizarse con las palabras del Señor que son más necesarias para nuestra alma, más aún que el pan para nuestros cuerpos.

Hagamos también uso de las promesas. Hace poco tiempo un amigo me hizo entrega de un cheque para una cierta obra de caridad y me dijo: «Asegúrate de presentarlo hoy mismo al Banco.» Pueden estar ustedes seguros de que así lo hice. Yo no guardo los cheques sin mirarlos o jugar con ellos, sino que los llevo al Banco y recibo el dinero y lo utilizo.

Las preciosas promesas hechas por Dios fueron hechas precisamente para que se las presentemos a él y que las cambiemos por las bendiciones que garantizan. La oración es un medio para llevar la promesa al Banco de la fe y poder obtener la dorada bendición. Preste atención a su manera de orar, hágalo con toda seriedad. No permita nunca que la oración se convierta en una formalidad sin sentido. Algunas personas oran durante un largo tiempo, pero no consiguen lo que se supone que deben de tener, porque no piden la promesa de una manera seria y verdadera. Si entrase usted en un Banco y le hablase al empleado durante una hora y saliese usted de nuevo sin su dinero, ¿de qué le serviría? Yo voy a un Banco, coloco mi cheque en la ventanilla, como si recibo su importe, así es, y debe ser, la oración. Usted presenta la oración y espera la respuesta que usted desea, porque el Señor lo ha prometido. Crea usted que tiene la bendición y siga adelante. Levántese de sus rodillas cantando, porque la promesa se ha cumplido, y de esa manera su oración recibirá una contestación. Lo que hace que Dios le preste atención no es el largo de la oración, sino la fortaleza y la fuerza de la fe que tenga usted en la promesa que ha hecho suya delante del Señor.

Finalmente, háblele claro a Dios acerca de sus promesas. Repita en la casa del Rey lo que Él ha dicho. No esconda nunca la lámpara de Dios debajo de un almud. Las promesas son proclamaciones, por tanto exhíbalas sobre sus paredes y léalas en voz alta en las encrucijadas del camino. ¡Ojalá que nuestra conversación se endulzase con más frecuencia con las promesas de

Dios! Después de comer nos sentamos, y durante media hora nos dedicamos a criticar cruelmente a nuestros pastores o escandalizamos a nuestros vecinos, pero mucho mejor sería que dijésemos: «Ahora, mi amigo, cite usted una promesa de la Biblia.» Y el otro contestase: « Y usted también mencione otra. » Entonces que cada uno hablara según su propio conocimiento personal acerca del cumplimiento de estas promesas del Señor y que cada uno de los presentes contara la historia de la fidelidad del Señor para con él. Esta santa conversación servirá para calentar nuestros corazones y alegrará debidamente nuestros espíritus el día de reposo.

Los hombres de negocios hablan acerca de su profesión, los viajeros lo hacen acerca de sus viajes y los granjeros hablan sobre sus cosechas. ¿No deberíamos nosotros hablar con mucha frecuencia acerca del recuento de la bondad del Señor y referir detalles de su fidelidad? Si así lo hiciésemos, refrendaríamos lo que dijo Pedro sobre el hecho de que Dios nos ha dado «preciosísimas y grandísimas promesas».

11

La Promesa del Señor, La Norma de Sus Dones

« Jehová, pues, dio a Salomón sabiduría, como le había dicho» (1 Reyes 5:12).

No sé de qué modo le dio el Señor sabiduría a Salomón, pero prometió darle sabiduría y mantuvo su palabra. Cuanto más pensamos en ello más sorprendente nos parece. Salomón no nació bajo las circunstancias más prometedoras en cuanto a la sabiduría. Como hijo favorito de un padre ya mayor, es muy probable que estuviese muy mimado. Como hombre joven que ascendió al trono mucho antes de que estuviese preparado para ello en el curso de la naturaleza, es muy factible que metiese la pata y cometiese muchos errores. Fue un hombre de grandes pasiones carnales, que al final pudieron más que él, y por todas estas razones más fácil hubiese resultado que fuese un libertino que un filósofo. Fue una persona que poseyó grandes riquezas, un poder ¡limitado y una invariable prosperidad y , por tanto, poco tuvo que pasar por experiencias difíciles que son las que hacen que los hombres adquieran sabiduría. ¿Quiénes fueron sus maestros? ¿Quién le enseñó a ser sabio? Su madre arrepentida seguramente le inculcó una sólida moral y le enseñó la religión, pero difícilmente pudo transmitirle el eminente grado de sabiduría que le colocó por encima de todos los hombres y le dio una fama conocida por todo el mundo. Supo mucho más que otros, y por eso no pudo tomar prestada de ellos su sabiduría. A sus pies se sentaron sabios, y su fama hizo que viniesen peregrinos de los confines de la tierra. Ninguno de ellos pudo ser maestro de Salomón ya que su sabiduría era superior a la de ellos. ¿Cómo logró este hombre destacar y ocupar un lugar especial en la sabiduría, de tal manera que se ha convertido en un sinónimo del hombre sabio.

El proceso de la creación de una mente magistral es un gran misterio. ¿Quién dará sabiduría a un joven? Se le puede impartir unos conocimientos, pero no darle sabiduría. Ningún tutor, ni maestro, ni adivino, puede dar sabiduría a otro hombre, ya que bastante tiene con adquirirlo él mismo. Sin embargo, Dios le dio a Salomón largura de corazón como las arenas de la mar y una sabiduría inigualable porque Dios puede hacer todas las cosas. De una manera conocida solamente por Él mismo, el Señor produjo en el joven rey la capacidad de observación,

de razonamiento, la sabiduría para actuar con prudencia, que rara vez han podido igualarse. Hemos admirado con frecuencia la sabiduría de Salomón, pero yo les invito a ustedes a que admiren aún más a Jehová, por medio del cual se produjo el maravilloso genio que fue Salomón.

El motivo por el cual el Señor produjo esa maravilla en la persona de Salomón fue que había prometido hacerlo, y Él siempre cumple su palabra. Hay muchos otros versículos en la Biblia que me servirían de igual modo que este ejemplo, puesto que mi propósito es hacer notar el hecho de que todo lo que Dios haya prometido, a quien sea, se lo concederá. Ya sea el concederle sabiduría a Salomón o dar gracia al lector, si el Señor ha hecho la promesa, no permitirá que se convierta en algo olvidado. El Dios que cumplió su palabra en este caso tan extraordinario, donde el asunto estaba tan por encima del poder humano, y viéndose rodeado de circunstancias tan poco ventajosas, cumplirá sus promesas en otros casos, por difícil y misterioso que sea el proceso de su realización. Dios cumple siempre su palabra al pie de la letra y además irá más allá de lo que parecen decir sus palabras. En este caso concreto, además de concederle sabiduría a Salomón le dio grandes riquezas y otras muchas cosas que no aparecen en el pacto. «Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia y todas estas otras cosas os serán añadidas.» El que hace promesas de infinitas bendiciones, suplirá las necesidades diarias como si fuese algo de poca importancia y fueran concedidas como si tal cosa, como el papel y la cuerdecita que dan en la tienda de comestibles con las envolturas de nuestras compras.

Basándonos en el caso de Salomón y miles similares a él, nos enteramos de que la regla que utiliza Dios para dar es conforme a su promesa.

La página de la historia está llena de casos semejantes. El Señor prometió a nuestros padres, caídos, que la simiente de la mujer heriría a la serpiente en la cabeza y he aquí que ha aparecido ya la simiente de la mujer y ha obtenido para sí mismo y para todos nosotros, la gloriosa victoria de nuestra redención. En el cumplimiento de esa promesa tenemos, por así decirlo, la garantía de que habrá de cumplir todo cuando ha prometido. Cuando Dios le prometió a Noé que estaría a salvo dentro del arca éste vio que fue así. Ni una sola de aquellas olas antediluvianas, que destruyeron aquel mundo, pudo entrar en el lugar seguro. Cuando Dios le dijo a Abraham que le daría simiente y una tierra que habría de ser de su posesión, pareció algo imposible, pero Abraham creyó en Dios, y con el tiempo pudo gozarse contemplando a Isaac y viendo en él el heredero que le había sido prometido. Cuando el Señor prometió a Jacob estar con él y hacerle bien, fue fiel a su palabra y le liberó en la lucha que mantuvo en Peniel. Aquella promesa que había permanecido como adormecida durante tanto tiempo, que la semilla de Israel poseería la tierra que fluía leche y miel, parecía como si nunca se fuese a cumplir, cuando las tribus fueron hechas esclavas en Egipto y el Faraón las tuvo bajo su mando, con mano de hierro, y no estaba dispuesta a dejarlas ir. Pero Dios, que tomó a su cargo a su pueblo, les sacó con poder y con su mano extendida el mismo día que prometió rescatarles. Partió el Mar Rojo y guió a su pueblo a través del desierto, porque les aseguró que así habría de hacerlo. Partió por medio las aguas del Jordán y echó a los cananeos de delante de su pueblo elegido, dando a Israel aquella tierra por herencia, tal y como les había prometido. Los relatos que muestran la fidelidad del Señor son innumerables, y no tendríamos suficiente tiempo como para nombrar todos ellos. Las palabras de Dios han sido siempre justificadas, en su debido momento, por los hechos de Dios, y Él ha tratado a los hombres conforme a su promesa. Siempre que el hombre ha hecho suya una promesa de Dios y le ha dicho «haz lo que dijiste» Dios ha respondido a su súplica y ha demostrado que el confiar en Él no era algo inútil. A lo largo de los siglos Dios ha usado una regla invariable: la de mantener y cumplir su palabra al pie de la letra y en el momento oportuno.

«Eso es mucho decir» dirán algunos; entonces hablemos de una manera más clara. Es costumbre de Dios cumplir lo que ha prometido a las personas. Nosotros mismos somos testimonios vivos de que Dios no se olvida de su palabra. Miles y miles de nosotros podemos dar testimonio de que hemos depositado nuestra confianza en Él y no nos ha decepcionado. Yo fui antes un triste pecador, sumido bajo la terrible ira del Todopoderoso, culpable y condenado, y sentía que si era echado de delante de la presencia de Jehová para siempre, no podría decir absolutamente nada en contra de semejante sentencia. Cuando leí en su palabra: «Si confesamos nuestros pecados Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados» fui a El. Con miedo y temblor decidí poner a prueba su promesa. Admití mis transgresiones al Señor y Él perdonó la iniquidad de mi pecado. No me estoy inventando historias, porque la paz tan absoluta que invadió mi corazón en el momento en que fui perdonado fue tal que me pareció como si hubiese comenzando una nueva vida, y era exactamente lo que había sucedido.

Sucedió de la siguiente manera. Un domingo oí a un pobre hombre hablar acerca de la promesa: «Miradme, y sed salvos, todos los confines de la tierra. » Yo no acertaba a comprender cómo era posible que una sencilla mirada al Señor pudiese salvarme. Parecía algo demasiado sencillo como para obtener un resultado tan extraordinario, pero yo estaba dispuesto a intentar cualquier cosa, así que miré, miré a Jesús.

Fue todo cuanto hice. Miré a Aquel que es la propiciación del pecado, y en un momento me di cuenta de que había sido reconciliado con Dios. Vi que si Jesús había sufrido en mi lugar, no podía sufrir yo también, y que si Él había cargado todo mi pecado yo ya no tenía necesidad de cargar con mis pecados. Mi iniquidad tenía, por fuerza, que haber sido borrada si Jesús la había llevado en mi lugar y había tenido que sufrir el castigo. Con ese pensamiento vino a mi espíritu una dulce sensación de paz con Dios por medio de Jesucristo mi Señor. La promesa era cierta y yo me di cuenta de que así era. Pasó hace unos treinta y seis años, pero yo no he perdido nunca el sentido de esa salvación absoluta que encontré entonces, ni he perdido esa paz que se apoderó de mi espíritu con tal dulzura. Desde entonces nunca he confiado en vano en ninguna de las promesas de Dios. Me he encontrado en situaciones de mucho peligro, he tenido grandes necesidades, he sentido fuertes dolores, y me he sentido anonadado por incesantes ansiedades, pero el Señor ha sido fiel a todo lo dicho y cuando he confiado en Él me ha ayudado en todo sin faltar. No me queda más remedio que hablar bien de Él, y así lo hago. En ello empeño mi palabra y pongo mi sello, sin ninguna duda ni reserva.

La experiencia de todos los creyentes es, de hecho, la misma: comenzamos nuestra nueva vida con gozo y paz, creyendo en el Dios que hace promesas, y continuamos viviendo de la misma manera. En nuestro recuerdo hay una larga lista de promesas que se han cumplido, haciendo que nos sintamos agradecidos y confirmando nuestra confianza. Hemos puesto a prueba la fidelidad de nuestro Dios año tras año, de muy diversas maneras, pero siempre con los mismos resultados. Hemos ido a su presencia con promesas relacionadas con las cosas de todos los días, como pueda ser el pan cotidiano, nuestra ropa, nuestros hijos, nuestro hogar, y el Señor ha obrado misericordiosamente con nosotros. Hemos recurrido a Él en caso de enfermedad, cuando nos han calumniado, en los momentos de duda o de tentación y no nos ha fallado nunca. Se ha acordado de nosotros incluso en los más pequeños detalles, y hasta los cabellos de nuestra cabeza han sido contados. Cuando parecía altamente improbable que se cumpliera la promesa, se ha cumplido de una manera sorprendente y con toda exactitud. Nos hemos sentido compungidos por la falsedad del hombre, pero nos hemos regocijado y continuamos gozándonos en la

veracidad de Dios. Al pensar en las formas tan maravillosas en que Jehová, nuestro Dios, ha manifestado la operación de sus promesas en nuestras vidas se nos llenan los ojos de lágrimas.

«Hasta aquí su promesa ha sido fiel, que ratificó Jesús con su sangre: sigue siendo fiel, sabio y justo, y aun los creyentes en Él creen. »

Permítaseme hablar con toda sinceridad a aquellos que han depositado su confianza en el Señor. Hijo de Dios, ¿no ha sido fiel para con vosotros vuestro Padre celestial? ¿No es ésa vuestra constante experiencia, sabiendo que vosotros fracasáis siempre, pero que Él no fracasa? El apóstol dijo acertadamente: «Aunque no creamos, El permanece fiel, pues no puede negarse a sí mismo.» Podemos interpretar el lenguaje divino en su más amplio sentido y encontraremos que la promesa del Señor se cumple a rajatabla. La norma que sigue para dar es amplia y liberal: la promesa es un gran recipiente y el Señor lo llena hasta rebosar. De la misma manera que en el caso de Salomón el Señor le dio «conforme a lo prometido» seguirá haciéndolo en todos los casos mientras el mundo siga existiendo. ¡Oh lector! cree en la promesa y de ese modo demostrarás que eres heredero de ella. ¡Ojalá que el Espíritu Santo te guíe a hacerlo así por amor a Jesús!

12. La Regla Sin Excepción

«Bendito sea Jehová, que ha dado paz a su pueblo, Israel, conforme a todo lo que Él había dicho; ninguna palabra de todas sus promesas que expresó por Moisés, su siervo, ha faltado» (1 Reyes 8:56).

Dios da buenas cosas a los hombres conforme a su promesa.

Éste es un hecho y no es sencillamente una opinión. Nosotros lo afirmamos y retamos al mundo entero a que aporten evidencia que esta información es falsa.

En lo que a este hecho se refiere el escritor es un testigo personal. Mi experiencia ha sido larga y he observado muchísimas cosas, pero todavía no me he encontrado con una sola persona que haya depositado su confianza en el Señor y Él le haya fallado. He visto a muchísimos hombres apoyados y sostenidos durante los tiempos de sufrimiento por descansar en la palabra del Señor, y además he visto a muchas personas moribundas triunfar de la muerte por el mismo medio, pero no me he encontrado jamás con un creyente que tuviese que avergonzarse de su esperanza por causa de sus aflicciones temporales ni con uno que a la hora de la muerte se arrepintiese de haber confiado en el Señor. Todo cuando he podido observar apunta en dirección contraria y me ayuda a sentirme más convencido de que el Señor es fiel con todos los que confían en Él. Acerca de este tema estaría dispuesto a dar mi más solemne palabra delante de un tribunal de justicia. Yo no diría algo que fuese falso bajo pretexto de un fraude piadoso, pero daría testimonio sobre este tema tan importante como un testigo honrado sin reserva ni equivocación. Nunca he conocido un hombre que a la hora de tener que enfrentarse con la

muerte se lamentase de haber confiado en el Salvador. No, es algo que no he oído que sucediese nunca, en ninguna parte. Si tal caso se hubiese dado, aquellos que odian el evangelio hubiesen hecho que se corriese la voz por todas partes y todas las calles hubiesen escuchado las malas noticias y todo predicador hubiese tenido que enfrentarse con ellas. A la puerta de todas las iglesias y las capillas nos hubiésemos encontrado con folletos diciendo que aquel que había llevado una vida santa y que había depositado su confianza en los méritos del Redentor, había descubierto en sus últimas horas que había sido engañado y que la doctrina de la cruz era tan solo una ilusión. Lanzamos un reto a nuestros oponentes a que descubran un solo caso, que lo encuentren entre los ricos o los pobres, los ancianos o los jóvenes. Que el mismo fanático, si puede, dé testimonio del fracaso de una sola de las promesas que ha hecho el Dios Vivo. Pero no se ha dicho que Jehová haya engañado a uno solo de entre su pueblo, y no se dirá nunca, porque Dios es fiel a cada una de las palabras que ha dicho.

Dios nunca se anda con mentiras y el mero hecho de imaginarlo es una blasfemia. ¿Por qué habría de ser falso, ¿Qué habría de inducirle a no cumplir su palabra? Sería contrario a su naturaleza. ¿Cómo podría ser Dios y no ser al mismo tiempo justo y verdadero? Él no puede violar su promesa por falta de fidelidad.

Además, el Dios Omnipotente nunca promete más allá de su poder. Con frecuencia, intentamos actuar según nuestra palabra, pero nos encontramos dominados por circunstancias abrumadoras, y nuestra promesa queda sin cumplir porque nos es imposible hacer lo dicho. Pero eso no le puede suceder al Dios Poderoso, porque su habilidad es ¡limitada y para Él todas las cosas son posibles.

Puede que cometiésemos un error al hacer una promesa y que después descubriésemos que estaría mal que hiciésemos lo que habíamos dicho, pero Dios es infalible, y por lo tanto no tendrá nunca que echarse atrás en su palabra por haber cometido una equivocación. La infinita sabiduría ha puesto su impronta en cada una de las promesas y cada una de las palabras del Señor han quedado registradas por un juicio siempre correcto que es ratificado por la verdad eterna.

Tampoco puede la promesa fallar por una alteración el ser divino que la ha hecho. Nosotros cambiamos, ¡pobres, frágiles criaturas que somos! Pero el Señor es invariable, sin sombra de cambio y, debido a eso, su palabra permanece igual para siempre. Debido a que su palabra no cambia, sus promesas permanecen firmes como las grandes montañas. « Lo dijo y ¿no lo hará? » Nuestra fuerte consolación reposa en las cosas inmutables de Dios.

La palabra del Señor tampoco dejará de cumplirse porque a Él se le olvide. Nosotros hacemos que nuestras lenguas corran más que nuestras manos porque, aunque estamos dispuestos, a la hora de llevar algo a cabo fallamos, porque algo se interpone en nuestro camino y distrae nuestra atención. Nos olvidamos o nos volvemos fríos, pero no sucede lo mismo con el que ha hecho la promesa, Él es fiel. Su más antigua promesa aún la tiene fresca en la mente y tiene la misma intención de cumplirla que cuando la pronunció. De hecho, Él está siempre dando la promesa, puesto que para Él no existe el tiempo. Las antiguas promesas de la Escritura son nuevas promesas para la fe, porque toda palabra sigue procediendo de la boca del Señor para ser alimento a los hombres.

Debido a todo ello, la palabra del Señor merece que depositemos nuestra fe en ella, de manera explícita e implícita. Podemos confiar demasiado en los hombres, pero nunca es posible confiar demasiado en Dios. Es la cosa más segura que ha sido y que siempre será. El creer en su palabra es creer algo que nadie puede dudar con justicia. ¿Acaso no lo ha dicho Dios? Entonces debe de ser así. Los cielos y la tierra pasarán, pero la palabra de Dios no pasará jamás. Pueden quedar suspendidas las leyes de la naturaleza: puede que el fuego deje de quemar, que nadie se

ahogue en el agua, porque estos hechos no implicarían infidelidad por parte de Dios, pero el que su palabra fallase implicaría un cambio deshonorante en el carácter y la naturaleza de Dios, que es la Cabeza de todas las cosas, y esto es algo que nunca puede suceder. Convenzámonos de que Dios es verdadero y no dejemos nunca que la duda se apodere de nosotros.

La palabra inmutable de la promesa es, y siempre habrá de ser, la base que utiliza Dios a la hora de dar. Detengámonos por un momento a pensar en algo, mientras añado otra cosa, es decir, que no hay ninguna norma que pueda mantenerse en contra de lo establecido por Dios. Con la norma establecida por Dios, en cuanto a su promesa, ninguna otra ley, imaginaria ni real, puede entrar en conflicto.

La ley del merecimiento a veces parece erigirse en su contra, pero no puede triunfar. «Oh», dirá alguien, «¿no me es posible creer que Dios esté dispuesto a salvarme ya que no hay nada bueno en mí! ». Eso es cierto, y la persona que así piense no podrá librarse de su temor si es que Dios ha de actuar porque la persona se lo merezca, pero si esa persona cree en su Hijo Jesús, esa norma no se aplicará, porque el Señor actúa conforme a la norma de su promesa. La promesa no se fundó en los méritos de la persona, fue hecha de manera gratuita y se mantendrá también de forma gratuita. Si usted se pregunta cómo es posible que trate su falta de merecimiento, permítame recordarle que Jesús vino con el propósito de salvarle de sus pecados. Los méritos ¡limitados del Señor Jesús cuentan a favor de usted y de esa manera quedan neutralizados sus deméritos de una vez para siempre. La ley del mérito le condenaría a usted a la destrucción por ser usted tal y como es en la actualidad, pero la persona que cree no está sujeta a esa ley, sino que vive bajo la gracia, y bajo esa gracia nuestro maravilloso Señor trata a los hombres conforme a la más absoluta y pura misericordia, revelada en su promesa. No pretenda usted ser un impecable, de lo contrario la justicia tendrá que condenarle por fuerza. Esté dispuesto a aceptar la salvación como un don que se le ofrece de manera gratuita, por medio del ejercicio de la prerrogativa divina y soberana de Dios, que ha dicho: «Tendré misericordia de quien tendrá misericordia.» Confíe humildemente en la gracia de Dios, que ha sido revelada por medio de Cristo Jesús, y la promesa se cumplirá ampliamente para con usted.

El Señor no trata tampoco a los hombres de acuerdo con la medida de su habilidad moral. «Oh» dice el que está buscando, «creo que podría ser salvo si lograra ser mejor o fuese más religioso o tuviese más fe, pero no tengo fuerzas. No me es posible creer, no puedo arrepentirme, nada de lo que hago me sale bien». Recuerde, en ese caso, que Dios, en su gracia, no ha prometido bendecirle según la medida de su habilidad para servirle, sino conforme a las riquezas de su gracia, tal y como dice en su palabra. Si Él tuviese que concederle sus dones de acuerdo con su fortaleza espiritual, usted se quedaría sin nada, porque usted no puede hacer nada sin el Señor... Pero gracias a que se cumple la promesa según lo infinito de la gracia divina, no es posible que exista duda en cuanto a la misma. No tiene usted por qué vacilar en cuanto a la promesa, guiado por la incredulidad, sino considerar que el que ha hecho la promesa también es capaz de cumplirla. No limite al Santo de Israel imaginándose que su amor está limitado por la capacidad de usted. El caudal del río no debe calcularse por la sequedad del desierto por el cual fluye, porque no existe proporción lógica entre ambos. Aun mirando con los ojos entornados es posible ver que no se puede calcular la extensión del amor infinito midiéndolo según la debilidad humana. Las operaciones de la gracia todopoderosa no pueden limitarse por la fortaleza mortal o por falta de fuerza. El poder de Dios mantendrá la promesa que Él ha hecho. No puede la debilidad de usted hacer que Dios deje de cumplir su palabra, ni puede la fortaleza de usted lograr que se cumpla esa promesa, pues es cosa de Dios y será Él quien se ocupe de que se cumpla su promesa. No es ni asunto de usted ni mío el lograr que las promesas de Dios se

cumplan: es asunto suyo, no nuestro. Pobre ser indefenso, une tu pesado vagón de incapacidad a la potente máquina de su promesa y serás conducido por los raíles de la obligación y de la bendición. Aunque estemos más muertos que vivos, aunque tengamos más debilidad que fortaleza, esto no afectará la certeza de lo establecido por Dios. El poder de la promesa reside en el que la hizo. Por tanto dejemos de mirarnos a nosotros mismos y pongamos la mira en Dios. Si te sientes desmayar desvanécete en el pecho de la promesa divina; si te consideras muerto, entiérrate en el sepulcro donde están los huesos de la promesa, y cobrarás vida tan pronto como lo toques. No se trata de lo que nosotros podamos o no hacer, sino que todo gira alrededor de lo que puede hacer Dios. Bastante tenemos nosotros con esforzarnos por mantener nuestros propios compromisos sin intentar al mismo tiempo hacer que se cumplan las promesas que ha hecho Dios. A mí no me gustaría que otros seres humanos pusiesen en duda mi solvencia, porque un mendigo que viviese en la calle de al lado no pudiese pagar sus deudas. ¿Por qué, pues, habría yo de sospechar del Señor debido a que tengo motivos para desconfiar de mí mismo, Mi propia habilidad nada tiene que ver con la fidelidad de Dios, y es lamentable confundir ambos conceptos. No deshonremos a nuestro Dios imaginando que su brazo se ha quedado corto, porque el nuestro se ha debilitado o se ha cansado.

No debemos tampoco medir a Dios conforme a la medida de nuestros sentimientos. Oímos con frecuencia la queja: «No siento que pueda ser salvo. No siento que un pecado tan atroz como el mío pueda ser perdonado. No siento que mi duro corazón pueda ser hecho sensible y renovado.»

Ésta es una manera de hablar tonta e insensata. ¿En qué sentido pueden guiarnos en tales cuestiones nuestros sentimientos? ¿Siente usted que los que están muertos en sus sepulcros puedan resucitar? ¿Siente usted que al frío del invierno haya de seguirle el calor del verano? ¿Cómo es posible sentir estas cosas? Son cosas en las que se cree, por tanto el hablar de sentimientos en estos sentidos es totalmente absurdo. ¿Siente el hombre que se desmaya que vaya a revivir? ¿No es la naturaleza de ese estado una sugerencia de la muerte? ¿Sienten los cuerpos que están muertos que habrán de resucitar? Los sentimientos están fuera de lugar.

Dios le dio a Salomón la sabiduría que le había prometido y Él le dará a usted lo que le haya prometido, sean cuales fueren los sentimientos de usted. Si mira usted en el libro de Deuteronomio, verá usted con cuanta frecuencia usó Moisés la expresión: «conforme a su promesa». Dice (en Deut. 1:11): «Jehová os bendiga como os ha prometido.» No era posible que pronunciase una bendición más importante para Israel. Ese santo varón contempló el proceder del Señor con una constante admiración porque Él actuó «conforme a su promesa». En nuestro caso, la norma, en lo que al trato del Señor para con nosotros se refiere, será la misma «conforme a su promesa». Nuestra experiencia en cuanto a la gracia divina no será «según lo que sintamos», sino «conforme a su promesa».

Mientras escribo esto para consuelo de otros, no me queda más remedio que confesar que personalmente me encuentro sometido a sentimientos variables, pero he aprendido a concederles muy poca importancia, de un modo u otro, y sobre todo he dejado de considerar la verdad de la promesa según mi estado mental. Hoy me siento tan contento que podría bailar al son de la pandereta de Miriam, pero a lo mejor cuando me despierte mañana por la mañana solamente pueda suspirar en armonía con las lamentaciones de Jeremías. ¿Acaso cambia mi salvación según sean mis sentimientos? Si es así debe de tener un fundamento muy poco estable. Los sentimientos son más volubles que los vientos y más insustanciales que las burbujas. ¿Deben ser, por tanto, la norma para medir la fidelidad divina? Los estados mentales dependen más o menos de la condición del hígado o del estómago, ¿hemos nosotros de juzgar al Señor por ellos? Claro

que no. El estado del barómetro podrá hacer que nuestros sentimientos oscilen para arriba o para abajo, ¿se puede depender de cosas tan variables? Dios no hace que su amor eterno gire alrededor de nuestras emociones, que son tales que podríamos pretender construir un templo sobre una ola. Somos salvos según los hechos y no según los caprichos. Ciertas verdades eternas demuestran si estamos salvos o perdidos, y esas verdades no están afectadas por nuestros sentimientos de animación o de depresión. ¡Mi buen lector, no hagas uso de tus sentimientos para usarlos como prueba de la veracidad del Señor! Semejante conducta constituiría una mezcla de locura y maldad. Si el Señor ha dado su palabra, la cumplirá, tanto si usted se siente triunfante como si se siente abatido.

He de añadir que Dios no nos da conforme a la regla de las probabilidades. Parece altamente improbable que usted, mi amigo, sea bendecido por el Señor que hizo los cielos y la tierra, pero si confía usted en el Señor, será favorecido con la misma seguridad que lo fue la misma Virgen María, acerca de la cual se dice que todas las generaciones la llamarán bendita, porque está escrito: «Bendita la que ha creído, porque acontecerán estas cosas que le fueron dichas por el Señor.» «¡Oh Dios de los ejércitos, bendito el hombre que en ti confía!» Parece muy improbable que un antiguo pecador, sumido en el vicio, pueda, por el hecho de haber creído en Jesús, comenzar una nueva vida, pero a pesar de ello así será. Parecía como algo muy improbable que una mujer que vivía en pecado oyese la palabra: « El que en El cree tiene vida eterna», y que al creer, de inmediato recibiese la vida eterna, pero es verdad y yo mismo lo he visto. Nuestro Dios es un Dios de maravillas. Aquellas cosas que para nosotros son improbables y hasta imposibles, para Él son cosas muy corrientes, de todos los días. Él hace que el camello, a pesar de su joroba, pase por el ojo de la aguja. Él hace aparecer lo que parece que no está. ¿se ríe usted de la idea de ser salvo? No se ría usted con desconfianza como lo hizo Saraj, sino hágalo con gozo, esperando, como lo hizo Abraham. Crea en Jesús y reirá usted por fuera y por dentro, no por causa de la incredulidad, sino por un motivo totalmente diferente. Cuando conocemos a Dios no dejamos de maravillarnos, pero sí que nos familiarizamos con sus maravillas. Crea en la promesa de la gracia de Dios, y creyendo vivirá siempre en un mundo maravilloso que se convertirá para usted precisamente en el país de las maravillas. Es realmente algo feliz el poseer una fe tal en Dios que esperemos como algo seguro aquello que, desde el punto de vista humano es muy poco probable. «Con Dios todas las cosas son posibles», por lo tanto es posible que Él salve a todo aquel que crea en Jesús. La ley de la gravitación actúa en todos los casos, y lo mismo sucede con la ley de la fidelidad divina, y no hay excepción alguna a la regla de que Dios habrá de mantener su pacto. Los casos más extremos, los más difíciles, incluso los que parecen imposibles, están incluidos en el círculo de la palabra de Dios y, por lo tanto, nadie tiene por qué desesperar ni dudar tampoco. La oportunidad de Dios surge cuando el hombre llega al final de sus posibilidades. Cuanto peor sea el caso, tanto más segura será la ayuda del Señor. ¡Ojalá que mi desesperado y pobre lector le hiciese al Señor el honor de creer en Él y dejase todas las cosas en sus manos!

¿Cuánto tiempo les llevará a los hombres antes de que estén dispuestos a confiar en Dios? «Oh, hombres de poca fe, ¿por qué dudasteis?» ¡Ojalá que nos propusiésemos en nuestra mente no dudar jamás del que es Fiel!

«Que Dios sea verdad y todos los hombres sean unos mentirosos.» El mismo Señor dijo: « ¿Acaso se ha acertado la mano de Jehová? Ahora verás si se cumple mi palabra o no» (Números 11:23). No permitamos que el Señor nos tenga que hablar con ira, estemos dispuestos a creer y a estar seguros de que la solemne declaración del Señor se cumplirá sin duda alguna.

No os habléis unos a otros diciendo: «¿Qué es verdad?» Pero sabed, de modo infalible, que la palabra del Señor es segura y que permanece para siempre.

He aquí una promesa con la cual puede comenzar el lector: que las ponga a prueba y vea si son ciertas o no: «Invócame en el día de la angustia, te libraré y tú me honrarás» (Sal. 50:15).

13.

Tomando Posesión de la Promesa

« Yo soy Jehová, el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia » (Génesis 28:13).

A las almas tímidas les cuesta trabajo aprovechar las promesas que Dios ha hecho para ellas, pues temen que sería presuntuoso, por su parte, aferrarse a esas cosas tan buenas y preciosas. Como norma general, podemos considerar que si tenemos fe como para aprovechar la promesa será nuestra. El que nos da la llave que encaja en la cerradura de su puerta, lo hace con el propósito de que abramos la puerta y entremos. No podremos nunca ser presuntuosos por creer con humildad en Dios, pero sí lo seremos si cuestionamos su palabra. No será fácil que nos equivoquemos por confiar demasiado en la promesa. Nuestro fallo reside en la falta de fe, nunca por tener demasiada fe. Sería difícil creer demasiado en Dios, y lo terriblemente corriente es no creer en Él lo suficiente. «Conforme a vuestra fe así os sea hecho» es una bendición que Dios no se arrepiente nunca de conceder. «Si crees» está escrito: «si puedes creer, todo le es posible al que cree». También está escrito: «No pudieron entrar por causa de la incredulidad de ellos», pero no se ha dicho nunca que uno que entrase porque su fe fuese criticado por su impertinencia y echado fuera.

Jacob, según el versículo con el cual hemos encabezado este capítulo, tomó posesión de la tierra prometida tumbándose sobre ella y quedándose dormido. No hay una manera más segura de apoderarse de una promesa que colocando todo nuestro peso sobre ella y luego disfrutando de un buen descanso. «La tierra en que estás acostado te la daré.»

¡Con cuánta frecuencia he visto que la promesa era cierta al aplicármela y aceptarla por fe como algo verdadero y actuando conforme a ella! Me he tumbado sobre ella como si se tratase de un sofá y me he dejado a mí mismo en las manos del Señor; entonces he podido descansar, y la paz se ha adueñado de mi espíritu. La confianza en Dios hace que se cumplan los propios deseos. La promesa que hace el Señor a los que buscan sus favores en oración es como sigue: «Creed que las recibiréis y os será hecho.» Esto suena extraño, pero es verdad, pues es conforme a la filosofía de la fe. Diga usted, con una fe auténtica: «esta promesa es mía», y de inmediato lo será. Las promesas las recibimos por la fe y no por la vista o por otro sentido.

Las promesas de Dios no son la exclusiva de un cristiano determinado u otro, sino que son un bien común para todos los que habitan en la parroquia de la Santa Fe. No hay duda de que hay personas que, si pudiesen, se apoderarían de las estrellas y harían del sol y de la luna una propiedad personal. Esa misma avaricia intentaría vallar las promesas, pero es algo que no pueden hacer. Sería como el avaro que pretende encerrar los pájaros cantores, y decir que la

música de las alondras y los tordos es su herencia exclusiva, como proponer que las promesas son todas para una persona. No, ni los mejores de entre los santos pueden, aunque quisiesen hacerlo, poner ni una sola de las palabras del Dios de gracia bajo llave. La promesa no es sólo «para vosotros y nuestros hijos», sino «para todos los que están lejos, a todos los que son llamados por el Señor». Qué gran consuelo es éste! Hagamos nuestros los bienes comunes y poseamos, por la fe, lo que el Señor ha puesto a nuestra disposición por el pacto.

Las palabras que fueron dichas a Jacob pertenecen por igual a todos los creyentes. Oseas dice acerca de él: «Venció al ángel y prevaleció; lloró y le rogó; en Bet-el le halló, y allí habló con nosotros.» De manera que Dios nos estaba hablando también a nosotros al hablar con el patriarca. Las maravillas que mostró Dios en el Mar Rojo se realizaron para todo el pueblo, pero leemos: «Allí en Él nos alegramos» (Salmos 66:6). Es cierto que nosotros no estuvimos presentes, pero a pesar de ello el gozo de la victoria que obtuvo Israel es también nuestro. El apóstol cita la palabra que el Señor dijo a Josué como si hubiese ido dirigida a uno o a cualquier hijo de Dios. «Porque él dijo: no te desampararé ni te dejaré» (Hebreos 115), ya que la palabra del Señor no acaba con el motivo que la originó ni se agota al bendecir a la persona a la que fue dirigida. Todas las promesas van dirigidas a los creyentes que tienen suficiente fe como para aplicárselas y suplir que sean tuyas ante el trono de la gracia. Lo que Dios es para la persona que ha confiado en Él, lo será para todos los que le necesiten por sus circunstancias y necesidades.

La Biblia tiene puesta su mirada en cada uno de nosotros al pronunciar sus palabras llenas de gracia. Un orador de Bampton dijo muy acertadamente: «Nosotros mismos, y otros como nosotros, somos las personas acerca de las cuales habla la Escritura y a las cuales apela como hombres, de diversas maneras, con persuasión y condescendencia, pero de manera celestial. Vale la pena fijarse en como un libro de su descripción, con todo lo que abarca, tiene un poder tan versátil y una visión tal que es como un retrato exacto de nuestras personas, dondequiera que nos volvamos.»

«¡Visión de la palabra de Dios!
dondequiera que miramos,
siempre tu mirada dulce sobre nosotros está,
discerniendo nuestro dolor profundo,
descifrando la confusión que anida en nuestro ser. »
«¿Qué palabra es ésta? ¿De dónde me conoces?

Maravillado clama el humilde corazón
al oírte proclamar
ese misterio tan profundo.»

La palabra posee una personalidad extraordinaria, pues se aplica a miles de generaciones de creyentes, y ése es uno de sus mayores encantos y una de las pruebas más contundentes de su inspiración divina. Hemos de tratar nuestras Biblias no como si se tratase de viejos almanaques, sino de libros nuevos, actuales, con un contenido fresco y que se adapta a nuestros días. Hay una dulzura inconmensurable y posee al mismo tiempo una frescura que no ha disminuido en nada, pues esa misma palabra que habló en la antigüedad a nuestros antepasados, alimentando su espíritu, se aplica también a nosotros hoy. Gloria sea a Dios de que nosotros podemos darnos un banquete con su palabra, y si no lo estamos haciendo deberíamos de hacerlo. ¡Si no lo hacemos sólo podemos culparnos a nosotros mismos!

Los pozos de Abraham sirvieron para Isaac y para Jacob, pero también para miles de generaciones. Vengan y metamos nuestros cubos y saquemos con gozo el agua que está en los profundos pozos de la salvación, que fueron cavados en aquellos días en que nuestros padres depositaron su confianza en el Señor y Él les libertó. No hemos de temer ser supersticiosos o crédulos. Las promesas del Señor son para todos los que desean creer en ellas, y la fe es una garantía para creer. Si tú no eres capaz de confiar, aún puedes hacerlo. Después de haber sido cumplidas miles de veces, las palabras de la promesa siguen teniendo su valor, y volverán a cumplirse. Muchas veces han sido a las que nos hemos acercado como a una fuentecilla del campo a calmar nuestra sed con agua fresca del arroyo, que sigue siendo gratuita y conserva su frescor, y hoy podemos beber de ella con la misma confianza que lo hicimos la primera vez. Los hombres no cumplen sus promesas una y otra vez, y sería irrazonable esperar que lo hiciesen. ¡Ellos son como cisternas, pero tú, oh Señor, eres una fuente! Todos mis frescos manantiales están en ti.

¡Ven lector, e imita a Jacob! Del mismo modo que él se tumbó en un lugar determinado, usando las piedras como almohada, hazlo tú. Tenemos la Biblia entera para reclinarnos sobre ella, y hay ciertas promesas en ella que nos pueden servir de almohada. Apoya en ellas tu carga y tú mismo repóstate, deja tu penar. He aquí una promesa de la Escritura que puede ser tuya de ahora en adelante: «La tierra en que estás acostado te la daré.»

14.

Avalando La Promesa

«Porque yo confío en Dios, que será así como se me dicho» (Hechos 27:25).

Pablo había recibido una promesa especial y él declaró abiertamente su fe en ella. Él creyó que Dios habría de cumplir la promesa al pie de la letra y, de ese modo, decidió que Dios era verdadero. Cada uno de nosotros estamos obligados a hacer lo mismo con las palabras del Señor que se aplican a nuestro caso. Es lo que quiero decir con el título de este capítulo: avalando la promesa.

Un amigo me hace entrega de un cheque para el orfanato, y dice lo siguiente: «Páguese a la orden de C. H. Spurgeon la cantidad de \$ 10.» Su nombre es digno de confianza y su Banco es válido, pero su amabilidad no me servirá para nada hasta que yo no haya firmado al dorso del cheque. Es un hecho muy sencillo, pues no tengo mas que firmarlo y el Banco me lo paga, pero la firma es algo imprescindible.

Hay muchos nombres mucho más nobles que el mío, pero no se puede usar ninguno de ellos en lugar del mío. Si yo pusiese el nombre de la reina no me serviría de nada. Si el Ministro de Hacienda pusiese su firma al dorso del documento sería inútil. No me queda más remedio que estampar mi firma v, de la misma manera, cada uno, personalmente, debe aceptar, adoptar y avalar la propia fe personal, o de lo contrario no derivará ningún beneficio.

Si fuese usted capaz de escribir líneas como las que escribió el poeta Milton, o superar a Tennyson en versos de alabanza al generoso benefactor, de nada le serviría. El más refinado lenguaje de los hombres o de los ángeles no contaría para nada, pues lo que resulta

absolutamente indispensable es la firma de la persona que recibe el cheque. Por muy maravilloso que resulte el dibujo hecho por el lápiz del más artista al dorso del cheque, de nada serviría que lo hubiese hecho, pues lo que se requiere es un nombre sencillo, y no aceptarán absolutamente nada en lugar de ese nombre. Hemos de creer en la promesa de manera individual, y decir que sabemos que es verdad, o de lo contrario no obtendremos ninguna bendición. Ninguna obra buena, ni ninguna ceremonia, ni sentimientos piadosos podrán ocupar el lugar de una fe sencilla. «Porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que la hay y que es galardonador de los que le buscan.» Algunas cosas pueden ser o no ser, pero ésta sí debe de ser.

Se puede decir que la promesa aparece bajo los siguientes términos: «Prometo pagar a la orden de cualquier pecador que esté dispuesto a creer en mí la bendición de la vida eterna. » Es necesario que el pecador firme su nombre al dorso del cheque, pero no se le pide nada más. Cree en la promesa, va con ella ante el trono de la gracia, y espera recibir la misericordia que le ha sido garantizada. Obtendrá esa misericordia, sin falta, porque está escrito: «El que cree en el Hijo tiene vida eterna», y así es.

Pablo creyó que todos los que estaban con él en el barco escaparían porque Dios se lo había prometido. Él aceptó la promesa como algo sobradamente seguro y actuó de acuerdo con ella. Él se mantuvo tranquilo durante la tempestad, dando a sus compañeros consejos sabios y sensatos en cuanto a poner fin a su ayuno, y en general actuó en todo como una persona que estaba segura de que saldrían con bien de aquella tempestad. Por lo tanto, trató a Dios como debía de hacerlo, con una confianza ciega. A un hombre íntegro le gusta que confíen en él, y le dolería ver que los que le rodeaban le trataran con desconfianza. Nuestro Dios es fiel y está celoso de su honor y, por lo tanto, no puede soportar que los hombres le traten como si fuese un Dios falso. Si hay un pecado que provoca la ira de Dios por encima de los demás, es la incredulidad, pues es algo que toca lo más querido por él y le hiere hasta lo más profundo. Lejos esté de nosotros perpetrar semejante mal en contra de nuestro Padre celestial; creamos en Él a pies juntillas, sin poner límites a una absoluta confianza en su palabra.

Pablo admitió abiertamente su confianza en la promesa. Bueno sería que nosotros hiciésemos lo mismo. Precisamente vivimos tiempos en los que hace mucha falta dar un testimonio atrevido y directo acerca de la verdad de Dios, y si así lo hacemos resultará de un profundo valor. La duda nos rodea por todas partes, pues de hecho hay pocas personas que crean de verdad. Hubo un hombre llamado George Müller, y él creyó que Dios era capaz de ocuparse de las necesidades de dos mil niños, pero este hombre era un caso más bien único. «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿hallará fe en la tierra? ». Por tanto es necesario que hablemos abiertamente. La infidelidad es un reto para nosotros, pero no debemos permitir que nos fallen las fuerzas, sino acercarnos al gigante con la honda y la piedrecilla de nuestra experiencia y que nuestro testimonio sea impávido. Dios mantiene lo que ha prometido y nosotros lo sabemos muy bien. Nosotros nos atrevemos a dar fe de cada una de sus promesas. ¡De hecho las defenderíamos con nuestra propia vida, si fuese preciso! La palabra de Dios permanece para siempre, y nosotros somos testigos fieles de que así es, cada uno de nosotros, los que somos llamados por nuestros hombres.

15.

La Promesa Propia Para Esta Vida

«Pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene Promesa de esta vida presente y de la venidera» (1 Timoteo 4:8).

Una especie de afectación impide a alguno creyentes tratar la religión como si su esfera estu viese entre las cosas más corrientes de la vida diaria. Para ellos es algo trascendental Y ensoñador viene a ser una creación piadosa en lugar de un hecho. Creen en Dios, a su manera como creen en las cosas espirituales y en la vida futura, pero se olvidan por completo de que la verdadera santidad es algo que tiene la promesa de la vida actual, así como de la venidera. Para ellos sería casi una profanación atreverse a orar sobre cosas relacionadas con la vida diaria. Por lo tanto, es muy probable que se queden sorprendidos si yo sugiero que examinen la autenticidad de su fe. Si esa fe no les sirve de ayuda en los pequeños problemas de la vida, ¿cómo podrá sustentarles cuando lleguen las pruebas de la muerte? Si no les aprovecha en cuanto al alimento y el vestir, ¿qué es lo que hará por ellos cuando se trate de] espíritu que es inmortal?

Si estudiamos la vida de Abraham nos daremos cuenta de que su fe tenía que ver con todos los sucesos de su peregrinaje aquí en la tierra; tenía que ver con su traslado de un lugar a otro, con la separación de su sobrino de su campamento, con la lucha en contra de los invasores y en especial con el nacimiento de ese hijo que hacía tanto tiempo que le había sido prometido. Ningún aspecto de la vida del patriarca estaba fuera del círculo de su fe en Dios. Se dice hacia el final de la vida de Abraham «y Dios bendijo a Abraham en todas las cosas», lo cual incluye lo temporal además de lo espiritual. En el caso de Jacob Dios le prometió dar e el pan que necesitase para comer, la ropa y también que le llevaría con paz hasta la casa de su padre, y todas estas cosas son de un carácter temporal y terrenal. Sin lugar a dudas, estos primeros creyentes no escamotearon las bendiciones presentes del pacto ni consideraron el creer en Dios como algo quimérico y místico. La verdad es que nos quedamos atónitos al darnos cuenta de que no existe una línea de demarcación entre lo secular y lo religioso en la vida de estos hombres. Ellos viajaron como peregrinos, lucharon como cruzados, comieron y bebieron como santos y hablaron como profetas. Su vida fue su religión y su religión fue su vida. Confiaron en Dios, no solamente acerca de ciertas cosas de mayor importancia, sino en todo, y por ello, hasta un siervo de una de las casas, al ser enviado a cumplir su encargo, oró diciendo: «¡Oh Dios de mi amo, prospera mi camino! » Ésa era una fe auténtica, y nosotros debemos de imitarla, y no permitir más que la sustancia de la promesa y la vida de fe se evaporen o se conviertan en fantasías sentimentales y visionarias. Si la confianza en Dios sirve para algo, es buena para todo lo relacionado con la promesa, y no cabe duda alguna de que la vida que disfrutamos ahora forma parte de la misma.

Me gustaría que el lector observase y utilizase de manera práctica palabras de Dios como éstas: «Mas a Jehová vuestro Dios serviréis, y Él bendecirá tu pan y tus aguas; y yo quitaré toda enfermedad de en medio de ti » (Ex. 23:25). «Confía en Jehová y haz el bien; y habitarás en la tierra, y te apacentará de la verdad» (Salmos 373). «Él te libraré del lazo del cazador, de la peste destructora. Con sus plumas de cubrirá, y debajo de sus alas estarás seguro; escudo y adarga es su verdad. No temerás el terror nocturno, ni saeta que vuela de día, ni pestilencia que ande en oscuridad, ni mortandad que en medio del día destruya. Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegará» (Salmos 913-7). «En seis tribulaciones te libraré, y en la séptima no te tocará el mal» (Job 5:19). «El que camina en justicia y habla lo recto el que aborrece la ganancia de violencias, el que sacude sus manos para no recibir cohecho, el que tapa sus oídos

para no oír propuestas sanguinarias; el que cierra sus ojos para no ver cosa mala; éste habitará en las alturas; fortaleza de rocas será su lugar de refugio; se le dará su pan y sus aguas serán seguras» (Is. 33:15, 16). «Porque sol y escudo es Jehová Dios; gracia y gloria dará Jehová. No quitará el bien a los que andan en integridad» (Salmos 84:11). «Ninguna arma forjada contra ti prosperará, y condenarás toda lengua que se levante contra ti en juicio. Ésta es la herencia de los siervos de Jehová y su salvación de mí vendrá, dijo Jehová» (Isaías 54:17).

Nuestro Salvador tuvo la intención de que la fe fuese nuestro quietus en cuanto a las preocupaciones diarias, o de lo contrario no hubiese dicho «Por tanto os digo: no os afanéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?» (Mateo 6:25, 26). ¿A qué otra cosa pudo referirse que no fuese las cosas temporales al hablar acerca de la fe que tenemos que poner en práctica? «Vosotros, pues, no os preocupéis por lo que habéis de comer, ni por lo que habéis de beber, ni estéis en ansiosa inquietud. Porque todas estas cosas buscan las gentes del mundo; pero vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas» (Lucas 12:29, 30).

Pablo quiso decir exactamente lo mismo cuando escribió: «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús» (Filipenses 4:6, 7).

El que ha ido a preparar el cielo para nosotros no nos dejará sin provisión para realizar el viaje hasta allí. Dios no nos da el cielo de la misma manera que el Papa le dio Inglaterra al rey de España: si era capaz de conseguirla; sino que nos pone un camino seguro, así como el fin.

Ahora bien, nuestras necesidades terrenales son tan reales como las espirituales, y podemos estar completamente seguros de que el Señor las suplirá. Él nos enviará lo que necesitamos por medio de la promesa, de la oración, de la fe, y de esa manera nos está enseñando. Nos está haciendo aptos para Canaan por medio de la experiencia en el desierto.

El imaginar que las cosas temporales son de poca importancia para nuestro Dios condescendiente es olvidar que Él observa el vuelo de los gorriones y cuenta los cabellos de la cabeza de su pueblo. De todos modos hemos de pensar que para El todo podría resultar de tan poca importancia que nada le importase. ¿Quién es el que va a dividir los asuntos por su tamaño o por su peso? El punto decisivo en la historia puede ser una circunstancia diminuta. Bendito el hombre para el cual nada es demasiado pequeño como para presentárselo a Dios, porque ciertamente no hay nada que sea demasiado pequeño o insignificante para causarnos dolor o para ponernos en algún peligro. Un hombre de Dios perdió una llave en cierta ocasión, oró sobre ello y la encontró. Lo contaron como algo muy extraño, pero no era nada extraordinario, porque algunos de nosotros oramos acerca de todas las cosas y nos echamos a temblar por si acaso la cosa más infinitesimal no es santificada por la palabra de Dios y por la oración. No es el incluir frivolidades lo que causa problemas a nuestras conciencias, sino el omitirlas. Se nos asegura que, cuando el Señor encargó a sus ángeles guardar nuestros pies para que no tropezasen en el camino, colocó todos los detalles de nuestra vida bajo el cuidado celestial, y estamos contentos de poder someter todas las cosas que nos afectan a su cuidado.

Uno de los milagros que perduran en la actual dispensación es que en Cristo tenemos una paz continua a pesar de todas las tribulaciones por las que tengamos que pasar, y por medio de Él tenemos poder en la oración a fin de poder obtener todas las cosas del Señor para esta vida y para nuestra santidad. Yo he tenido la fortuna de poder poner a prueba, en innumerables ocasiones, al

Señor, en cuando a necesidades temporales, viéndome guiado a la oración a favor de los huérfanos y los estudiantes. En muchísimas ocasiones la oración ha traído la oportuna ayuda y ha quitado de en medio graves dificultades. Yo sé que la fe puede llenar un monedero, proveer una comida, cambiar un corazón endurecido, facilitar un lugar para levantar un edificio, curar a los enfermos, aquietar la insubordinación y poner término a una epidemia. Al igual que el dinero en las manos de un hombre mundanal, la fe en las manos del hombre de Dios «ofrece una respuesta a todas las cosas». Todas las cosas que están en la tierra, en el cielo y debajo de la tierra, responden al mandato de la oración. La fe no es algo que debe de imitar un charlatán ni ser simulada por un hipócrita, pero siempre que es auténtica y capaz de hacer suya una promesa divina con fuerza, obra grandes maravillas. ¡Cuánto me gustaría que el lector creyese en Dios de tal manera que descansase en Él para todas las situaciones de la vida! Esto le conduciría a un mundo nuevo y le aportaría una evidencia que confirmaría la verdad de nuestra santa fe, de tal manera que nos pudiésemos reír de los escépticos. La fe que es semejante a la de un niño hace que nuestros corazones sean sinceros para con Dios y estén llenos de una prudencia práctica a la que a mí me gusta llamar sentido común. El creyente que tiene una mente sencilla, aunque sea objeto de las burlas del idiota, tiene una sabiduría que procede de lo alto y que, de manera efectiva, desconcierta la malicia de los malvados. Nada deja tan sorprendido a un enemigo malicioso como la sincera inocencia de un creyente de verdad.

El que cree en su Dios no se asusta por malas noticias porque su corazón ha encontrado una calma inamovible gracias a la confianza que ha depositado en el Señor. Esa fe puede endulzar, ensanchar y enriquecer la vida de mil maneras diferentes. ¡Pruébela, querido lector, y verá cómo producirá en su vida unas bendiciones inconmensurables! No le libraré de problemas, porque la promesa dice: «Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo» (Juan 16:33). «Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza. Y la esperanza no avergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado» (Romanos 5:3-5).

Mi fe no solamente al cielo vuela,
sino que con Dios camina aquí en la tierra;
todas las cosas recibo diariamente,
yendo de un lado a otro.
La promesa menciona los mundos muy lejanos,
pero no sólo de ellos;
me arropa y alimenta con amor,
y este mundo hace mío.
Confío en el Señor, y Él contesta
a cosas importantes y pequeñas;
honra la fe con rápidas respuestas
y a Él honra la fe en todo cuanto pasa.

16.

Informándose Acerca de la Promesa

«Tú has prometido este bien a tu siervo» (2 Samuel 7:28).

El rey David sabía muy bien lo que el Señor había prometido darle al referirse de manera especial a ello en su oración como «este bien». Nosotros necesitamos ser más exactos de lo que somos normalmente en nuestras súplicas, porque acostumbramos a orar por todo, de tal manera que en realidad no estamos orando por nada en concreto. Es necesario, por tanto, saber exactamente lo que pedimos. Por ello el Señor le dijo al ciego: «¿Qué quieres que te haga?» El Señor quería que el ciego fuese consciente de sus necesidades y que sintiese el profundo deseo de ver suplidas esas necesidades. Éstos son ingredientes de gran valor en la composición de la oración.

Una vez que sabemos lo que necesitamos, debemos de enterarnos de lo que ha prometido el Señor en cuanto a esa bendición en concreto, y entonces estaremos en situación de poder acudir a Dios con la máxima confianza, esperando el cumplimiento de su palabra. Con este fin en mente deberíamos de escudriñar la palabra con diligencia, buscando los casos de otros creyentes que se asemejasen al nuestro, intentando echar luz sobre los dichos determinados de; Señor que se puedan aplicar a nuestra situación concreta. Cuanto más exacto sea el acuerdo de la promesa en cuanto al caso, tanto mayor será el consuelo que podamos derivar. En esa escuela el creyente podrá aprender el valor de la inspiración plenaria y verbal, porque en su propio caso puede que tenga que pararse a pensar en un pequeño detalle como pueda ser un nombre, como lo hizo Pablo al citar la promesa hecha a Abraham comentando: «Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo» (Gálatas 3:16).

Podemos estar totalmente seguros de que en alguna parte de las páginas inspiradas habrá una promesa apropiada para la ocasión. La infinita sabiduría de Dios se ve en que ha dado una revelación que está indicada para la innumerable variedad de situaciones por las que pasan las personas. No se ha pasado por alto ni un solo caso, por extraño que pueda ser. Al igual que existe un alimento especialmente adaptado para todo cuanto vive sobre la faz de la tierra, igualmente existe el apoyo indicado para todos los hijos de Dios en el volumen de la inspiración. Si no encontramos una promesa que sea indicada es porque no la hemos buscado, o habiéndola encontrado no nos hemos dado cuenta todavía de su pleno significado.

Aquí podemos hacer uso de una comparación sencilla. Usted ha perdido la llave de una cómoda, y después de haber probado todas las llaves que tiene, no le queda más remedio que mandar llamar a un cerrajero. El artesano llega con un puñado de llaves de todas las clases y tamaños que a usted le parecen una extraordinaria colección de instrumentos oxidados. Mira el candado y trata de abrirlo con una llave, y luego con otra. No ha logrado nada todavía y los tesoros de usted siguen fuera de su alcance. De repente hace uso de una llave que parece que va a lograr abrirlo, y casi lo logra, pero no acaba de conseguirlo. No cabe duda de que va por buen camino. Por fin logra abrirlo porque ha encontrado la llave apropiada. Ésta es una representación correcta de muchas perplejidades. Usted no logra enfocar debidamente la dificultad, de manera que consiga, a su manera, dar con el resultado feliz. Usted ora, pero no siente la libertad que desearía al hacerlo. Lo que usted quiere es una promesa en concreto, y usted prueba una y otra palabra inspirada, pero no acaban de encajar con su caso. El corazón turbado encuentra motivos para pensar que no se aplican exactamente a su caso, de modo que quedan en el viejo Libro para

ser usadas en otra ocasión, porque no están a su disposición en la emergencia que se le ha presentado. Usted lo intenta de nuevo, y en el momento oportuno aparece una promesa que parece estar hecha para la ocasión, porque encaja exactamente como lo haría una llave hecha para abrir una cerradura para la cual fue hecha en principio. Habiendo encontrado la palabra indicada, procedente del Dios vivo, usted rápidamente suplica ante el trono de la gracia, diciendo: «¡Oh Señor mío, tú has prometido esta cosa buena a tu siervo, por favor concédemela!» El asunto se ha acabado y el sufrimiento se convierte en gozo, pues la oración ha sido escuchada.

Con frecuencia el Espíritu Santo nos trae a la memoria, con vida y poder, las palabras del Señor que de otro mundo hubiésemos olvidado. Al mismo tiempo hace que brille una nueva luz sobre pasajes que conocemos bien, y revela una plenitud en ellos que no habíamos ni siquiera sospechado. En casos que yo conozco, los textos han sido extraordinarios, y durante un tiempo la persona sobre cuya mente se grababan apenas se daba cuenta de su significado. Durante años un corazón se consolaba con las palabras: «Su alma reposará en paz y su simiente heredará la tierra.» Rara vez se olvidaba de este pasaje; de hecho, parecía como si alguien se lo estuviese constantemente susurrando al oído. La relación especial de la promesa con su experiencia le fue dada a conocer por los acontecimientos. Un hijo de Dios que lamentaba sus años vacíos, se sintió repentinamente lleno de gozo y paz al escuchar un versículo que no se cita casi nunca: «Y os restituiré los años que comió la oruga.» Las amargas experiencias por las que tuvo que pasar David a causa de las calumnias y la malicia hizo que recibiese promesas que fueron para él de gran consuelo, y en miles de ocasiones se las han podido apropiarse personas cristianas, desconocidas y atormentadas, al sentirse afligidas por «pruebas y crueles burlas». Antes de que esta dispensación toque a su fin no dudamos de que cada una de las frases de las Escrituras se hayan ilustrado en la vida de uno u otro de los santos. Tal vez alguna promesa oculta y no muy bien entendida siga ahí hasta que la encuentre la persona que se la pueda aplicar y para la cual fue especialmente escrita. Si se nos permite decirlo, hay una llave oxidada en el manojito que todavía no ha encontrado su cerradura, pero la encontrará antes de que se acabe la historia de la iglesia, de eso podemos estar bien seguros.

La palabra M Señor que pudiese servir para quitar de nosotros la presente desazón puede estar cerca, aunque nosotros no seamos conscientes de ello. Con un conocimiento extraordinario de la experiencia humana, John Bunyan representa al prisionero en el Castillo de la Duda como uno que pudo encontrar en su propio pecho la llave llamada Promesa, que pudo abrir todas las puertas de esa oscura prisión. Con frecuencia sufrimos innecesariamente cuando el medio para encontrar la más absoluta liberación se nos ofrece. Si tan solo pudiésemos abrir los ojos, como Agar, veríamos que teníamos cerca el pozo del agua, y nos preguntaríamos por qué creíamos que íbamos a morir de sed. En estos momentos, mi hermano, tú que sientes la tentación, piensa que hay una palabra del Señor que te está esperando. De la misma manera que el maná caía por la mañana temprano listo para que lo recogiesen los israelitas al levantarse de sus lechos, la promesa del Señor está esperando que la recibas. Los bueyes bien cebados de la gracia han sido muertos y todo está dispuesto para tu inmediato consuelo. La montaña está cubierta con los carros de fuego y con los caballos de fuego listos para tu liberación; el profeta del Señor puede verlos, y si tus ojos se abriesen tú también los verías. Al igual que los leprosos a la puerta de Samaria, sería una insensatez que te quedases sentado donde estás y te murieses. Levántate, porque muy cerca está la misericordia preparada para ser derramada, de una manera mucho más abundante de lo que tú hayas pedido o imaginado. Solamente cree y entra en el reposo.

Hay para los pobres, para los enfermos, para los que se sienten desmayar, para los que andan errantes, palabras de profundo consuelo que solamente ellos pueden disfrutar. Hay para los caídos, para los desesperados, los abatidos, los moribundos, reconstituyentes que han sido especialmente preparados para sus males en concreto. La viuda y los huérfanos tienen sus promesas, y lo mismo sucede con los cautivos, con los que viajan, con los marineros que han naufragado, con los ancianos y aquellos a punto de morir. No hay nadie que pueda ir tan lejos que no le alcance la promesa. Un ambiente de promesa sigue a los creyentes de la misma manera que el oxígeno rodea a nuestro globo terráqueo. Casi se puede decir que es algo omnipresente y añadir: «Detrás y delante me rodeaste, y sobre mí pusiste tu mano. Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender. ¿Adónde me iré de tu Espíritu? ¿Y adónde huiré de tu presencia?» (Salmos 139:5, 6, 7). Por muy intensas que sean las tinieblas no pueden ocultarnos del pacto de su promesa, sino que en la noche brilla como si fuese pleno día. Por tanto, tengamos valor, y por medio de la fe y de la paciencia esperemos en la tierra de nuestro exilio hasta el momento de marchar al hogar. También nosotros, como el resto de los herederos de la salvación, «heredaremos la promesa».

Hay ciertos compromisos en el pacto, establecido con el Señor Jesucristo, en cuanto a sus elegidos y redimidos, que son sin condición en lo que a nosotros se refiere, pero muchas otras palabras del Señor están sometidas a ciertas estipulaciones que han de ser cumplidas con exactitud o, de lo contrario, no obtendremos la bendición. Una de las partes de la búsqueda diligente del lector debe ir dirigida a este punto, que es de suma importancia. Dios mantendrá la promesa que te ha hecho, pero a ti te toca asegurarte que cumplas al pie de la letra las condiciones del compromiso. Solamente cuando nosotros cumplimos los requisitos de una promesa que tiene una condición podemos esperar que se cumpla la promesa a nuestro favor. Él ha dicho: «El que cree en Jesús será salvo.» Si tú crees de verdad en el Señor Jesucristo serás salvo sin lugar a dudas, pero solamente si crees. De la misma manera, si la promesa requiere que ores, que lleves una vida de santidad, que leas la palabra, que permanezcas en Cristo, o lo que sea, entrega tu corazón y tu alma a lo que te ha sido mandado a fin de que puedas obtener la bendición. En algunos casos no es posible obtener la bendición porque el cristiano no cumple con sus obligaciones. No puede realizarse la promesa debido a que «el pecado está a la puerta». Incluso una obligación que nos es desconocida puede hacer que nos «caigan unos pocos azotes» y unos cuantos golpes podrán estropear grandemente nuestra felicidad. Hagamos un esfuerzo por conocer la voluntad del Señor en todas las cosas y luego obedezcámosla sin la más leve sombra de duda. No leemos acerca de nuestra voluntad, sino del camino de la sabiduría divina: «sus caminos son deleitosos, y todas sus veredas paz».

No subestimes la gracia de la promesa porque a ella vaya unida una condición, pues, en términos generales, adquiere un valor superior al ser así, ya que la condición es, en sí misma, otra bendición, que el Señor ha hecho a propósito inseparable de lo que tú deseas, a fin de que obtengas dos misericordias al buscar solamente una. Recuerda, además, que la condición resulta molesta solo a los que no son herederos de la promesa, porque para ellos es como una planta llena de espinos, manteniéndolos alejados del consuelo al que no tienen ningún derecho, pero para ti no debe de ser una causa de molestia, sino algo agradable y, por lo tanto, no será un impedimento que no te permita tener acceso a la bendición. Aquellos requisitos que para los egipcios fueron como una oscura nube y tinieblas, tuvieron su lado bueno para los israelitas y les alumbró de noche. Para nosotros el yugo del Señor es fácil de llevar, y si estamos dispuestos a soportarlo encontraremos reposo para nuestra alma. Fíjate en la manera en que ha sido expresada la promesa y cumple con todos sus preceptos a fin de que muchas cosas buenas te acontezcan.

Si tú crees en el Señor Jesús, todas las promesas son para ti, y entre ellas hay una que es para este mismo día del mes, y para el lugar donde te encuentras. Por tanto, saca el rollo de tu Magna Carta y busca la porción para esta hora. De todas las promesas que el Señor ha dado en su Libro, Él ha dicho: «Ninguna de ellas fallará, ninguno estará sin compañero, porque mi boca así lo ha mandado.» Por tanto, confiad y no tengáis temor. Si otras cosas fracasan, las promesas de Dios no lo harán. Los tesoros depositados en este Banco están por encima de todo riesgo. «Mejor es confiar en Jehová que en los príncipes.» Cantemos cada vez que nos acordemos del Dios de verdad y gracia.

Hablad acerca de su maravillosa fidelidad,
proclamad por doquier su poder;
cantad la dulce promesa de su gracia,
y el Dios que todo realiza.

Él puede sumir en la muerte a todos los mundos,
y hacerlos cuando le plazca;
Él habla ' y su poderoso aliento
cumple todos sus decretos.

Su palabra de gracia es poderosa
como lo que hizo los cielos;
la voz que hace aparecer las estrellas
pronuncia todas las promesas.

17. El Tiempo de La Promesa

«Se acercaba el tiempo de la promesa» (Hechos 7:17).

Thomas Brooks nos recuerda que las misericordias de Dios no siguen un estilo rauda, sino que si hay algo «seguro son las misericordias de David». El Señor no se anda nunca con prisas, a veces hasta nos puede parecer que los carros de su gracia se demoran de manera increíble. No es ni mucho menos una circunstancia extraordinaria escuchar a los santos clamar: «¡Oh, Señor, ¿hasta cuándo?» Pero está escrita: «La gloria de Jehová será tu retaguardia» (Isaías 58:8). El que viene a la retaguardia, detrás del todo, pero eso no significa que no venga. A veces Dios puede hacernos esperar, pero al ' final podremos ver que Él es sin duda el Alfa y la Omega de la salvación de su pueblo. No desconfiemos nunca de Él, porque habrá de venir y lo hará sin tardanza (Habacuc 23).

En cierta ocasión navegó del puerto marítimo de Londres, un barco, y el propietario le había puesto por nombre el Veloz-seguro, porque tenía la esperanza de que resultase al mismo tiempo un barco seguro y rápido. Ciertamente éste es un nombre indicado para la misericordia del Señor, porque es al mismo tiempo segura y veloz. Puede que David no lo dijese en el texto que cita Brooks, pero en otros sí que dijo esto y mucho más. ¿Acaso no dijo él: «cabalgó sobre el querubín y voló; sí, sobre las alas del viento voló»? El Señor no es tardo para escuchar el clamor de su pueblo. Él ha establecido un tiempo para favorecer a Sión, y cuando llegue el momento oportuno no habrá demora.

La fecha de su cumplimiento es una parte importante de una promesa, pues forma parte de su misma esencia. Sería injusto demorar el pago de una deuda, y la obligación de cumplir con lo dicho es de la misma naturaleza. El Señor llega en el momento oportuno para cumplir con su graciosa obligación. El Señor había amenazado destruir el mundo por medio de un diluvio, pero esperó todo el tiempo que fue necesario hasta que Noé pudo entrar en el arca, y entonces, en aquel mismo día fueron abiertas las grandes fuentes de los abismo. Él había declarado que Israel saldría de Egipto, y así fue: «Y pasados los cuatrocientos treinta años, en el mismo día todas las huestes de Jehová salieron de Egipto» (Éxodo 12:41). Según Daniel, el Señor numera los años de su promesa y cuenta las semanas que ha de esperar. En cuanto a la más importante de las promesas, es decir, la de enviar a su Hijo de los cielos, el Señor no se quedó atrás en el envío de ese don precioso, «pero cuando hubo llegado el tiempo oportuno, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer». Por encima de toda duda hemos de decir que el Señor, nuestro Dios, mantiene su palabra cuando llega el momento indicado.

Cuando nos encontramos necesitados, podemos venir con toda urgencia al Señor pidiéndole que venga rápidamente a nuestro auxilio, como suplicó David en el Salmo setenta: «Oh, Dios, acude a libramme; apresúrate, oh, Dios, a socorrerme» (versículo 1). «Yo estoy afligido y menesteroso; apresúrate a mí, oh Dios. Ayuda mía y mi libertador eres tú; oh Jehová, no te detengas» (versículo 5). El Señor llega incluso a describirse a sí mismo dándose prisa a cumplir con gracia lo prometido diciendo: «Yo Jehová, a su tiempo haré que esto sea cumplido pronto» (Isaías 60:22). Pero no debemos de orar de ese modo, como si nos temiésemos que el Señor no fuese capaz de cumplir o fuese a demorar la respuesta o que nos necesitó a nosotros para meterle prisa. No, «el Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza» (2 Pedro 3:9). Nuestro Dios es tardo para la ira, pero en lo que se refiere a los hechos de su gracia «velozmente corre su palabra» (Salmos 147:15). Algunas veces la velocidad con que bendice a su pueblo aventaja al tiempo y al pensamiento, como, por ejemplo, cuando cumple ese antiguo dicho: «Y antes que clamen, responderé yo; mientras aún hablan, yo habré oído» (Isaías 65:24).

Sin embargo, hay ocasiones en las que se produce una demora en la respuesta a nuestras oraciones. De la misma manera que el labrador no recoge hoy lo que sembró ayer, tampoco nosotros obtenemos del Señor lo que buscamos de Él. La puerta de la gracia se abre, pero no lo hace la primera vez que llamamos. ¿A qué se debe esto? Es debido a que la misericordia será tanto mayor por haber tardado en llegar. Hay tiempo para todos los propósitos debajo del cielo, y cada cosa es más apropiada a su debido tiempo. El fruto madura cuando llega su estación y cuanto más madura está mejor. Las misericordias que llegasen antes de tiempo serían sólo misericordias a medias, por lo tanto el Señor demora la respuesta hasta que han alcanzado la perfección. Hasta el cielo, será mucho mejor, porque no será para nosotros hasta que no esté preparado y también nosotros lo estemos para ir allí.

El amor es el que preside la disposición de la gracia y hace sonar la campana cuando ha llegado el mejor momento. Dios nos bendice por medio de sus demoras temporales, así como por sus respuestas inmediatas. No debemos de dudar del Señor porque no haya llegado todavía su tiempo; eso sería actuar como niños petulantes que se empeñan en tener algo en seguida o de lo contrario se creen que nunca lo tendrán. Un Dios que espera es el verdadero objeto de la confianza de su pueblo que espera. «Por tanto, Jehová esperará para tener piedad de nosotros» (Isaías 3: 18). Su compasión nunca falla aunque la operación de su gracia parezca haber quedado suspendida y nuestros dolores se hayan hecho más profundos. Sí, es precisamente porque nos ama tanto por lo que nos pone a prueba demorando en paz su respuesta. Con nuestro Padre celestial sucede lo que pasó con el Señor aquí en la tierra: «Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba» (Juan 11:5, 6). El amor cierra la mano de la abundancia divina y pone restricción al desbordamiento de su favor, cuando sabe que saldremos ganando si antes nos vemos obligados a pasar por momentos difíciles.

Tal vez no haya llegado el momento en que haya de cumplirse la promesa, porque nuestra prueba no ha logrado todavía su propósito. La lección debe responder a su propósito, o de lo contrario no puede tocar a su fin. ¿Quién desearía que se sacase el oro del fuego antes de que se separase la escoria? ¡Espera, alma preciosa, hasta que hayas alcanzado la máxima pureza! Estos momentos en que pasas por el horno son provechosos, por lo que sería insensato acortar esas horas doradas. El tiempo de la promesa corresponde con el tiempo que más enriquece el corazón y el alma.

Además es posible que no nos hayamos mostrado aún suficientemente sumisos a la voluntad divina. La paciencia no ha tenido aún su obra perfecta y no se ha realizado aún el proceso del destete, porque todavía anhelamos las comodidades que el Señor quiere que dejemos a un lado ya para siempre. Abraham hizo un gran banquete cuando fue destetado su hijo Isaac, y es posible que lo mismo haga nuestro Padre celestial con nosotros. ¡Humíllate, corazón altivo! Deja tus ídolos de una vez y olvida tus caprichos y recibirás la paz prometida.

Es posible además que no hayamos cumplido con una obligación que se convertirá en el punto de nuestra situación. El Señor volvió de nuevo la cautividad de Job cuando oró por sus amigos. Es posible que el Señor haga que seamos útiles a algún familiar o amigo antes de favorecernos con su consuelo personal y no podamos ver el rostro de nuestro José a menos que nuestro hermano esté con nosotros. Puede que alguna ordenanza de la casa del Señor haya quedado descuidada o que haya quedado sin hacer algún trabajo santo, y eso sea un impedimento para que se cumpla la promesa. ¿es así? «¿Son los consuelos del Señor algo de poca importancia para ti? ¿Hay algo que guardas secreto?» Es muy posible que todavía tengamos necesidad de inclinarnos delante del Señor y que hagamos un sacrificio notable ante Él, y entonces El se acordará de su promesa. Ojalá que Él no tenga que quejarse: «No me has comprado caña de azúcar con dinero.» Aceptemos más bien su reto: «Traed todos los diezmos al alfolí, y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde» (Malaquías 3:10).

Las promesas de Dios están fechadas de tal manera que se asegure su gloria en el cumplimiento de ellas, y esto debe de ser suficiente para nosotros cuando no alcanzamos a comprender el motivo de la demora. Es posible que sea necesario que nos demos cuenta, de manera más consciente, de nuestra necesidad y el gran valor de las bendiciones que ansiamos con tal vehemencia. Lo que conseguimos con demasiada facilidad muchas veces es de escaso

valor, y es posible que nuestros espíritus ingratos necesiten aprender a ser agradecidos por medio de la educación que es la espera. No cantaríamos a todo pulmón si no suspirásemos profundamente. El tener que esperar y esperar nos hace suspirar y suplicar, y con el tiempo eso nos lleva a gozarnos y regocijarnos.

Si nosotros conociésemos todas las cosas de la manera que las conoce Dios le bendeciríamos con todo nuestro corazón por mantenernos bajo su vara de la corrección y por no librarnos de ella a causa de nuestros lamentos. Si conociésemos el fin además de conocer el principio, alabaríamos al Señor por cerrar algunas puertas, por su ceño fruncido y por las peticiones que quedan sin respuesta. Sin duda alguna, si supiésemos que los propósitos importantes del Señor recibiesen respuesta cuando continuamos sin los placeres que deseamos, y al tener que soportar los males que tememos, clamáramos en voz alta pidiéndole que nos dejase en nuestra pobreza y que nos encerrase en nuestro dolor. Si podemos glorificar a Dios al sernos negado lo que buscamos, deseamos que se nos niegue. La más importante de nuestras oraciones y el resumen del resto es la siguiente: « Mas no lo que yo quiero, sino lo que tú.»

18.

La Posesión de las Promesas Por Medio del Espíritu

«El Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para la alabanza de su gloria» (Efesios 1:13, 14).

En un sentido muy auténtico y real las cosas que han sido prometidas en el pacto ya son propiedad de los creyentes. «Todas las cosas son vuestras.» El gran Padre podrá decir con verdad a cada uno de los hijos que permanecen en su casa: « Todo cuanto tengo es vuestro. » La herencia ya es nuestra, dicen los antiguos teólogos, in promisso, in pretio, in principiis; es decir, en la promesa de Dios, en el precio que pagó nuestro Señor Jesucristo y en los primeros principios que nos son infundidos por el Espíritu Santo. En su promesa, que es segura, el Padre ya nos ha «bendecido con toda bendición espiritual en los lugares celestiales con Cristo». No solamente se ha propuesto enriquecernos en el futuro, sino que incluso ahora nos ha concedido los tesoros de su amor. El Señor Jesucristo no nos ha hecho sencillamente herederos de un estado o posesión infinita en los tiempos venideros, sino que nos ha concedido el que podamos disfrutar ahora de una porción, como dice en las Escrituras: «En el cual también nosotros hemos obtenido una herencia.»

El Espíritu Santo es, en muchos sentidos, el medio por el cual la promesa de la herencia se convierte en algo nuestro ahora mismo. Por él somos «sellados». Sabemos, con toda seguridad que la herencia es nuestra, y que nosotros mismos pertenecemos al gran Heredero de todas las cosas. La operación del Espíritu Santo en lo que se refiere a nuestra regeneración y el que permanezca en nosotros para nuestra santificación, son una especie de certificado que nos indica que vivimos bajo la gracia y que somos herederos de la gloria. Por encima de nuestro testimonio

que indica que somos salvos, existe esta evidencia que es cierta y segura, es decir, que el Espíritu del Dios vivo está sobre nosotros. El arrepentimiento, la fe, la vida espiritual, los deseos santos, el respirar hacia lo alto e incluso «los gemidos indecibles» son toda prueba de que el Espíritu Santo está obrando en nosotros y que lo está haciendo de una manera típica a los herederos de la salvación. La vida que nos ha sido inspirada por el Espíritu Santo es el gran sello del reino de Dios en nuestras almas. No tenemos necesidad de sueños, ni de visiones, ni de voces místicas, ni de sentimientos de raptó, puesto que el avivamiento y la renovación del Espíritu Santo son mejores sellos que los anteriores. El Espíritu de la promesa no prepara a los hombres para recibir una bendición que no ha de ser nunca de ellos. El que nos ha guiado hasta aquí se asegurará de que obtengamos esa bendición que ha preparado para nosotros. La más leve impresión del sello del Espíritu es la mejor demostración de la parte y suerte que nos corresponde con el pueblo de Dios que todas las inferencias presuntuosas que el orgullo puede sacarse de sus fantasías exacerbadas.

Pero el Espíritu Santo no es solamente el sello de la herencia, sino que es el que da fe de ella. Es como una parte de ella, que se da como garantía del resto que habrá de entregarse en el momento oportuno. Si un hombre recibe una parte de la paga de sus seis días de trabajo, es un dinero como señal del pago. En este caso las arras son diferentes a la señal, porque la señal la tenemos que devolver cuando recibimos lo que nos pertenece, pero la parte no tenemos que devolverla, porque va juntamente con la promesa. Incluso así, el Espíritu Santo es él mismo una gran porción de la perfección, del cielo, de la gloria eterna. Él es vida eterna y sus dones, sus gracias y su obra son los primeros principios de una felicidad interminable. Al tener al Espíritu Santo tenemos el reino que es el placer de nuestro buen Padre dar a sus escogidos.

Esto lo veremos con toda claridad si reflexionamos unos momentos. El cielo consistirá de la santidad, y está claro que si tenemos en cuenta que el Espíritu Santo nos hace santos aquí, ha implantado los comienzos del cielo. El cielo es la victoria; y cada vez que vencemos al pecado, a Satanás, al mundo y a la carne, tenemos una prueba anticipada de un triunfo que no se desvanecerá y que hará que las palmas se meneen en la Nueva Jerusalén. El cielo es como un día de reposo interminable y, ¿cómo podemos nosotros tener una perfecta anticipación de lo que es el perfecto reposo si no es por el gozo y la paz que moran en nosotros por obra del Espíritu Santo? La comunión con Dios es un ingrediente principal en el gozo inigualable de los glorificados, y aquí abajo, en la tierra, podemos dar gracias al Espíritu Santo, deleitarnos en el Señor y gozarnos en el Dios de nuestra salvación. El tener comunión con el Señor Jesús, en todos sus designios y propósitos, llenos de gracia, y en la semejanza a Él en lo que se refiere al amor hacia Dios y el hombre, son también constituyentes principales de nuestra condición perfeccionada ante el trono, y estas cosas las está realizando en nosotros el Espíritu de santidad día tras día. El poder ser puros de corazón a fin de poder ver a Dios, el ser de carácter estable como para poder andar en justicia, el ser fuertes en el bien para poder vencer el mal, y el ser liberados de nuestro egocentrismo para poder encontrarlo todo en Dios; ¿no son éstas, cuando se manifiestan en toda su plenitud, algunas de las bendiciones centrales de la visión beatífica? ¿No nos son ya concedidas por el Espíritu de gloria y de poder que incluso ahora mora en nosotros? Así es. Tenemos, en el Espíritu Santo, aquellas cosas que buscamos. Por medio de él la flor del cielo nos llega en un capullo, el amanecer del día de la gloria nos ha sonreído.

Por lo tanto, no somos extraños a las bendiciones prometidas, como algunos quieren dar a entender. Muchos repiten, como loros, la palabra: «Cosa que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombres son las que Dios ha preparado para los que le aman» (1 Corintios 2:9). Pero se olvidan de añadir las palabras que vienen a continuación: «Pero Dios nos las reveló

a nosotros por su Espíritu.» ¡Qué crueldad es cortar por la mitad al hijo vivo de las Escrituras! El Espíritu Santo nos ha revelado lo que ni ojo ni oído percibieron, ha descornado las cortinas y nos ha pedido que miremos los secretos que durante siglos han permanecido ocultos a tantísimas generaciones. He aquí, en la vida de Dios, dentro de tu alma, la vida eterna que ha sido prometida a todos los que mana a Dios. La vida de gloria es solamente la continuación de la vida de la gracia. He aquí, además, la reconciliación lograda por la sangre expiatoria, esa paz celestial que es la obra fundamental del eterno descanso. Dios hizo sentir al alma que creía, de manera anticipada, una prueba de lo que habría de ser la fragancia de la dicha. En la seguridad inmovible y la serenidad santificada de la plena certeza hay un anticipo de lo que es el reposo en el Paraíso. Cuando nuestra alegría interna llega a un grado sumo y se manifiesta en un canto, oímos preludios de los aleluyas celestiales. ¡Si conociésemos los racimos de Canaan, que nos llegan en forma de emociones y de modo anticipado y que, bajo la dirección del Espíritu han ido, como espías, a la buena tierra y nos han traído los mejores frutos!

No es solamente que habremos de recibir una herencia, sino que ya la tenemos. Al tener al Espíritu Santo, se nos da la posesión de la tierra que fluye leche y miel. « Pero los que hemos creído entramos en el reposo» (Hebreos 4:3). «Os habéis acercado al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, a la compañía de muchos millares de ángeles» (Hebreos 12:27).

¿Qué queda para estas personas, que han sido helas partícipes de la herencia divina, en el Hijo de Dios, sin que caminen como es digno de su llamamiento, que es alto, santo y celestial? «Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios» (Colosenses 3:1).

19. Jesús y Las Promesas

«Porque todas las promesas de Dios son en el Sí y en el amén, por medio de nosotros, para la gloria de Dios» (1 a Corintios 1:20).

Jesús, nuestro Señor, está siempre íntimamente relacionado con el camino de la promesa. De hecho Él es « el camino, la verdad y la vida » y ningún hombre puede venir al que ha sido fiel en sus promesas si no lo hace por medio de Jesucristo. No podríamos concluir este pequeño librito sin haberle dedicado antes un capítulo a Él. Nuestra esperanza es que el lector no intente obtener consuelo de algunas de las palabras que hemos escrito, ni siquiera de la Palabra de Dios mismo, a menos que lo reciba por medio de la persona de Jesucristo. Aparte de Él la Escritura no contiene nada que sirva para que el alma del hombre pueda vivir. Ésta es, en realidad, la falta que muchos cometen, pues escudriñan las Escrituras creyendo que en ellas encontrarán la vida eterna, pero no están dispuestos a venir a Cristo, para poder tener esa vida. No seamos nosotros insensatos como esas personas. Vengamos a Jesús día tras día, sabiendo que le ha placido al Padre que en Él esté toda la plenitud. Solamente cuando le conocemos a Él podemos conocer la luz, la vida y la libertad de los herederos de la promesa, y en el momento en que nos alejamos de

Él somos esclavos. ¡Que Él nos conceda la gracia para que permanezcamos en Él, a fin de que podamos tener todas las cosas buenas del pacto que fue hecho con nosotros en Él!

Jesús es la puerta de la promesa. Por medio de Él el Señor puede cumplir lo dicho a favor de los hombres que son culpables. No fue hasta que «la semilla de la mujer» fue nombrado como Mediador entre Dios y los hombres que los mensajes de consuelo pudieron ser enviados a una raza que le había ofendido. Dios no tuvo palabra alguna para los pecadores hasta que la palabra de Dios fue hecha carne y habitó entre los hombres. Dios no podía comunicar su mente de amor a los hombres excepto a través de Jesús, que es la palabra. De la misma manera que Dios no pudo venir a nosotros aparte del Mensajero del pacto, tampoco nosotros podíamos acercarnos a El aparte del Mediador. Nuestros temores nos alejan del Santo hasta que vemos en el Hijo de Dios a un Hermano lleno de ternura y simpatía. La gloria de la divina Trinidad nos intimida hasta que vemos el resplandor más dulce del Dios encarnado. Podemos venir a Dios gracias a la humanidad de su Hijo y de manera especial por esa humanidad que tuvo que sufrir y morir a nuestro favor.

Jesús es el resumen de todas las promesas. Cuando Dios prometió darnos a su Hijo para que fuese nuestro, nos dio en Él todo cuanto era necesario para nuestra salvación. Todos los dones buenos y perfectos se encuentran en la persona, la obra y el testimonio de nuestro Redentor. Todas las promesas se encuentran «en Él». Si fuese posible sumarlas o hacer un enorme catálogo de todas las bendiciones que nos garantizan, podríamos ahorrarnos el trabajo, y estar contentos con saber que éste es el total final: el Señor nos ha dado a su Hijo Jesús. De la misma manera que todas las estrellas están en los cielos y todas las olas están en el mar, todas las bendiciones del pacto están en Cristo. No se nos ocurre ninguna bendición auténtica que podamos obtener fuera de nuestro Señor, porque Él es el todo en todos. Todas las perlas deben ir enlazadas en Él, y en su joyero se encuentran todas las piedras preciosas.

Jesús es la garantía de las promesas. El que no escatimó a su propio Hijo no negará nada a su pueblo. Si Él hubiese tenido la intención de retirarnos su favor, lo hubiese hecho antes de realizar el infinito sacrificio de su Hijo unigénito. No Podemos nunca albergar y la sospecha de que el Señor vaya a revocar ninguna de sus promesas, ya que ha cumplido la mayoría de ellas y la que más le costó. «¿Cómo no nos dará con Él todas las cosas?»

Jesús es el que confirma las promesas. Son «en El sí y amén». El hecho de que entrase en nuestra naturaleza, que se convirtiese en nuestra Cabeza federal y que cumpliese todas las estipulaciones del pacto, han hecho que todos los artículos del compendio divino sean firmes y perdurables. Dios no es solamente amable, sino que es un Dios justo que mantiene las promesas que ha hecho a los hombres. Desde que Jesús ha pagado la cuenta, a favor del hombre, como plena recompensa del divino honor que había sido afrontado por el pecado, la justicia de Dios se ha unido a su amor para que se efectúe cada una de las palabras de la promesa. De la misma manera que el arco iris nos garantiza que el mundo no volverá nunca más a ser destruido por un diluvio, Jesús es nuestra garantía de que las inundaciones del pecado humano nunca podrán ahogar la fiel ternura del Señor.

Él ha ampliado la ley y la ha hecho honorable, y debe de ser recompensado por los sufrimientos de su alma y, por lo tanto, todas las cosas buenas deben de alcanzar a aquellos a favor de los cuales murió. Resultaría un desquiciamiento y una dislocación de todas las cosas si las promesas no fuesen ya de ningún efecto después de todo lo que ha hecho el Señor para que éstas fuesen activas. Si nosotros realmente somos uno con el Señor Jesucristo, las promesas son tan seguras para nosotros como es el amor del Padre para el Hijo.

Jesús es el que recuerda las promesas. Él suplica a Dios en nuestro favor, y su súplica es la promesa divina. «Hizo intercesión por los transgresores.» El Señor ha hecho muchas buenas cosas a nuestro favor, y nosotros podemos venir a Él pidiéndole estas cosas, y para que nuestra súplica se pueda realizar bajo las circunstancias más favorables el mismo Señor Jesús se convierte en Intercesor nuestro. Por causa de Sión no deniega su paz, sino que día y noche se acuerda del pacto eterno y de la sangre mediante la cual fue sellado y ratificado. Detrás de cada una de las promesas está el Sumo Sacerdote, vivo, suplicando y prevaleciendo a favor de sus hijos. Puede que a nosotros se nos olvide la fiel promesa, pero a Él no. Él presentará el incienso de su mérito y la intercesión ante Dios a nuestro favor, en aquel lugar detrás del velo donde ejerce una intercesión omnipotente.

Jesús es el Cumplidor de las promesas. Su primera venida trajo consigo la mayor parte de las bendiciones que el Señor había ordenado por adelantado para los suyos, y la segunda nos traerá el resto. Nuestras riquezas espirituales están unidas con su persona, siempre adorable. Porque Él vive nosotros también viviremos, y porque Él reina nosotros también reinaremos. Porque Él es aceptado nosotros también lo seremos. Pronto, cuando Él se manifieste, también lo seremos nosotros, y gracias a su triunfo triunfaremos también nosotros. Seremos glorificados en su gloria. Él es el Alfa y la Omega de las promesas de Dios y en Él hemos encontrado la vida como pecadores y en Él encontraremos la gloria como santos. Si Él no hubiese resucitado, vana sería nuestra fe, y si no viene una segunda vez nuestra esperanza no es otra cosa que un mero espejismo, pero gracias a que ha resucitado de los muertos nosotros somos justificados, y debido a que Él habrá de venir, rodeado por la gloria del Padre, también nosotros seremos glorificados.

Lector, ¿qué tienes tu que ver con Cristo?

Todo dependerá de la respuesta que des a esta pregunta. ¿Confías tú solamente en Él? Entonces el Señor ha prometido bendecirte y hacerte bien, y Él te sorprenderá por el modo en que lo hará. Nada es demasiado bueno para el Padre a la hora de dar al hombre que se deleita en su Hijo Jesús.

Por otro lado, ¿confías tú en lo que tú haces, en tus sentimientos, en tus oraciones y en las ceremonias? Si es así estás bajo las obras de la ley y, por tanto, bajo la maldición. Fíjate en lo que dijimos con anterioridad acerca de la semilla de Agar, la esclava, y adivina cuál será la suerte que te espera. ¡Oh, que estuvieses dispuesto a dejar la casa de la esclavitud y huyeses a buscar refugio a la casa de la gracia, que es gratuita, y te convirtieses en uno al cual pudiese Dios bendecir!

¡Según la promesa!

¡Que Dios te conceda su gran favor por amor del Señor Jesucristo! Amén.
